



“Me gustaría ver que mi país cicatrizara las heridas de su violencia”

Experiencias de migración forzada desde el Triángulo Norte de Centroamérica

Sonja Wolf

(Coordinadora)



CIDE

El Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) es un centro de investigación y educación superior especializado en ciencias sociales. El Programa de Política de Drogas (PPD) constituye uno de los primeros espacios académicos en México dedicado al estudio interdisciplinario de la política de drogas, la salud, la violencia y los derechos humanos.



CIDE Política de Drogas



OPEN SOCIETY
FOUNDATIONS



Coordinadora de la investigación:

Sonja Wolf

Equipo de investigación:

Sonja Wolf, Edgar Guerra y Bárbara Zayas

Diseño:

Proyecto Habesha

El libro electrónico se puede consultar y descargar en:

<http://www.politicadedrogas.org/PPD/>



CIDE Región Centro
Circuito Tecnopolo Norte #117
Colonia Tecnopolo Pocitos II
20313 Aguascalientes, Ags., México



<http://www.politicadedrogas.org/PPD/>



Forced Migration from Central America Project



@fmcap_cide

© Forced Migration from Central America Project (FMCAP)
Financiado por Open Society Foundations.

ISBN: 978-607-8508-83-9

Idioma original: español

Todos los derechos reservados.

Foto de portada: ©Rubén Figueroa

Se autoriza la reproducción total o parcial de esta publicación, siempre y cuando se cita la fuente.

Publicado en el 2020 por el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

Contenido

- 1 | Introducción
 - 5 | Parte 1: Honduras
 - 6 | Alexis, 33 años
 - 10 | Xenia, 35 años y Marlon, 44 años
 - 16 | Norma, 37 años
 - 20 | Sara, 46 años y Roque, 51 años
 - 28 | Patricia, 35 años
 - 31 | Parte 2: El Salvador
 - 32 | Carlos, 31 años
 - 36 | Manuel, 33 años
 - 43 | Delmi, 54 años
 - 47 | María, 40 años
 - 49 | Reina, 55 años
 - 54 | Rosa, 25 años
 - 58 | Parte 3: Guatemala
 - 59 | Englebert, 23 años
 - 62 | Ana, 51 años
 - 66 | Kennedy, 20 años
 - 69 | Juan Adolfo, 25 años
 - 71 | Notas
-

Introducción

El Triángulo Norte de Centroamérica tiene una larga historia de autoritarismo y exclusión que no se pudo superar por medios pacíficos. Después de décadas de protestas que fueron reprimidas rutinariamente, estallaron la violencia política (Honduras) y las guerras civiles (Guatemala y El Salvador). A principios y mediados de los años noventa, los tres países hicieron la transición a la paz y la democracia, pero las reformas se estancaron rápidamente y nunca produjeron las necesarias transformaciones estructurales.¹ La parafernalia de una democracia enmascara el hecho de que la pobreza y la desigualdad siguen siendo persistentemente altas, y las instituciones públicas, cooptados por élites y redes criminales, son incapaces de satisfacer las necesidades de la mayoría de la población. La inseguridad es generalizada, gran parte de ella asociada con pandillas callejeras que operan principalmente en barrios urbanos marginales, y grupos de narcotráfico que actúan más en áreas rurales, zonas fronterizas y centros de transporte. Sin embargo, la violencia ejercida por los agentes de seguridad del Estado también contribuye a esta inseguridad.

La migración forzada ocurre cuando las personas se enfrentan a amenazas a la vida o al sustento y no tienen más remedio que abandonar sus comunidades y países de origen.² Si bien la migración forzada desde Centroamérica no es un fenómeno reciente, la violencia perpetrada por las pandillas callejeras y los grupos criminales es un factor creciente para el desplazamiento. Los analistas han comentado ampliamente la evolución de las pandillas callejeras, así como las características y efectos de las políticas de mano dura.³ Sin embargo, se sabe relativamente poco sobre las dinámicas específicas de las comunidades productoras de migración, incluido el papel de la violencia criminal y estatal en el desarraigo de las personas, a menudo requiriendo que busquen una vida con dignidad y seguridad más allá de los límites de sus propios países. México y Estados Unidos, como países de tránsito y destino, han respondido a la llegada de migrantes forzados con políticas de contención que priorizan la detención y la deportación sobre el acceso al asilo y la expansión de las opciones legales de migración.

El Proyecto de Migración Forzada desde Centroamérica (FMCAP) persiguió tres objetivos. En primer lugar, trató de recopilar, mediante entrevistas semiestructuradas con migrantes forzados, información detallada y contextualizada sobre las razones y los lugares de partida. Específicamente, trató de entender cómo la violencia generada por diferentes actores o estructuras de opresión se convierten en factores de desplazamiento. En segundo lugar, trató de conocer las razones de la participación en la investigación y sus impactos emocionales en los entrevistados. En tercer lugar, pretende crear conciencia sobre la migración forzada e influir en las políticas públicas en Centroamérica, México y Estados Unidos.

Entre agosto y noviembre de 2019, investigadores del FMCAP en México entrevistaron a 134 migrantes forzados de El Salvador, Guatemala y Honduras.⁴ La investigación demostró que la migración forzada se debe a la persistencia de formas profundas de violencia en los países de origen. Las comunidades productoras de migración suelen carecer de servicios públicos adecuados y empleos dignos. El trabajo precario y mal remunerado hace que sea difícil para las personas mantener una familia y pagar las cuotas escolares de sus hijos. La ausencia del Estado, manifestada en la infrainversión y la falta de autoridad, es explotada por actores no estatales, especialmente pandillas callejeras y grupos de narcotráfico. Buscan el silencio de la gente a través de la persuasión o el miedo, establecen formas alternativas de gobierno y socavan cada vez más la ya precaria legitimidad del Estado.

Invitar a los migrantes forzados a participar en la investigación y compartir sus experiencias nos permitió dar voz a una población que a menudo es invisible y silenciada. Invisible, porque las políticas migratorias que buscan desterrar a personas desesperadas, independientemente del costo económico y humano de hacerlo, las llevan a la clandestinidad. Silenciada, porque su invisibilidad dificulta el acceso a ellas. Pero también silenciada, porque el objetivo frecuentemente declarado de evitar la revictimización de poblaciones vulnerables, ya sea por razones legítimas o interés propio, puede impedir que los migrantes forzados participen en investigaciones. Si bien la revisión de experiencias dolorosas es difícil, impedir que las personas ejerzan su derecho a participar en investigaciones las excluye de la producción de conocimiento y les niega la oportunidad de contribuir al cambio de políticas en los asuntos que les conciernen.⁵ En el peor de los casos, evitar que personas desprotegidas participen en investigaciones las hace más susceptibles a las violaciones de derechos humanos.

Poner los testimonios de este libro a disposición de un público más amplio nos permite, en primer lugar, construir empatía, así como fomentar la comprensión de la migración forzada y sus impactos en las vidas humanas. En segundo lugar, hacerlo nos permite dar forma a las narrativas públicas y políticas sobre la migración forzada. Las narrativas que criminalizan y discriminan a los migrantes forzados allanan el camino para la violencia social e institucional en su contra. Lo que se necesita, sin embargo, son relatos que favorezcan la tolerancia hacia los migrantes forzados y su inclusión en las comunidades y sociedades de acogida. En tercer lugar, la publicación de esta colección de testimonios nos permite ayudar a transformar las políticas públicas. Las políticas actuales en el nexo del desarrollo, la seguridad y la migración son como una puerta giratoria: son políticas despilfarrantes y dañinas que perpetúan los ciclos de exclusión y violencia simplemente expulsando a las personas de los países de origen, tránsito y destino sin abordar de manera sostenible los problemas sociales que están destinadas a abordar.

El desplazamiento, en sí mismo un acto violento pero a menudo precedido y seguido de más violencia, deja una huella indeleble en los individuos afectados. Algunos llevan las cicatrices físicas de agresiones físicas o sexuales. Muchos tienen cicatrices emocionales que dejan la violencia (real o amenazada), las pérdidas de hogares y negocios, las separaciones familiares y los horrores de la detención migratoria. Pueden sentirse frustrados con dificultades nuevas y tal vez inesperadas, como los largos procesos de determinación del estatus de refugiado o acceso al trabajo, la vivienda y la atención médica, y pueden luchar con la incertidumbre sobre su futuro.

Los eventos traumáticos afectan la memoria y el recuerdo de las personas, es decir, su capacidad para almacenar y recuperar información. Los acontecimientos traumáticos, como los experimentados por muchos migrantes forzados, son recordados y narrados de manera diferente que los eventos cotidianos y rutinarios. El estrés y el miedo pueden intensificar los recuerdos traumáticos, pero también crear recuerdos fragmentados y mal contextualizados.⁶ Los elementos centrales de una experiencia traumática, aquellos que fueron tan abrumadores que están profundamente grabados en los recuerdos de las personas, son más propensos a ser recordados que aquellos con poco o ningún significado emocional. Un ataque armado o una violación serán vívidamente recordados, pero no necesariamente detalles periféricos como fechas, lugares o la apariencia física del agresor. Los recuerdos fragmentados a menudo dan lugar a narrativas desorganizadas e incompletas que carecen de orden cronológico y perspectiva. Las deficiencias de memoria relacionadas con el trauma, que producen lagunas o incoherencias en las narrativas de los migrantes forzados, pueden esperarse y no impugnan la veracidad de las historias (aunque los organismos de asilo pueden aprovechar esas incoherencias para socavar la credibilidad de los solicitantes de asilo). Por el contrario, no es realista esperar que los individuos recuerden todos los aspectos de una experiencia traumática con precisión detallada. Los lectores también deberían tener en cuenta que la participación en esta investigación fue voluntaria y los entrevistados decidieron qué información se sentían cómodos compartiendo con nosotros.

Esta colección de testimonios complementa nuestro libro *La migración forzada desde el Triángulo Norte de Centroamérica. Impulsores y experiencias*. Su objetivo es poner un rostro humano a la migración forzada en las Américas, más allá de las estadísticas secas sobre factores migratorios, cruces fronterizos, detenciones, deportaciones y solicitudes de asilo. Espera transmitir la complejidad de las decisiones y experiencias migratorias, los dilemas morales a los que se enfrentan las personas, así como sus estrategias de supervivencia y protección. ¿Qué significa para ellas una vida digna y segura? ¿Qué cambios sociales y políticos esperan? ¿Qué obstáculos identifican en la lucha por los derechos humanos y la democracia? Consideramos que esta forma de contar historias es una forma de incidencia, una herramienta para imaginar y apoyar

las transformaciones de políticas, leyes, instituciones y, en última instancia, vidas humanas. ¿Qué tan diferentes podrían ser las cosas si se contaran y escucharan más historias como las que se presentan aquí?

Este libro se divide en tres secciones de país con un total de 15 testimonios. La Parte 1 presenta cinco testimonios de Honduras. Alexis, un exmilitar y custodio de prisiones, enfrentó amenazas por negarse a introducir artículos ilícitos en centros de detención de menores para pandilleros. Xenia, una maestra de escuela primaria, fue percibida erróneamente como una espía por vivir y trabajar en territorios de pandillas rivales, mientras que su hermano Marlon, un microempresario, fue amenazado por no pagar las cuotas de extorsión de su casa y tienda. Norma, una trabajadora agrícola, escapó de la violencia doméstica por parte de su pareja, un pandillero. Sara y su pareja Roque, ambos microempresarios, recibieron amenazas de pandillas por negarse a satisfacer las demandas de extorsión y vender drogas en su tienda. Patricia, una vendedora de comida, recibió amenazas por oponerse al reclutamiento forzado de su hijo adolescente por una pandilla.

La Parte 2 ofrece seis testimonios de El Salvador. A Carlos, un jefe de crédito y cobranza en un banco, le dieron luz verde (orden para ser asesinado) por tratar de cobrar deudas de pandilleros. Manuel, un profesional de relaciones públicas, se enfrentó a intentos de asesinato por cerrar un atajo a través de su propiedad que los pandilleros habían tomado para atacar a sus rivales. Delmi, una vendedora ambulante, huyó de su casa después de oponerse al reclutamiento forzado de su hijo adulto por una pandilla. María, que escapó con su esposo, fue secuestrada y casi asesinada a golpes por pandilleros para evitar que testificara contra un policía que la había violado. Reina, una maestra de preparatoria, enfrentó amenazas después de negarse a darles a sus estudiantes de pandillas calificaciones aprobatorias sin haber estudiado. Rosa, una microempresaria que perdió a su marido en un accidente, huyó con sus dos hijos pequeños después de negarse a vivir con su cuñado, un pandillero.

La Parte 3 incluye cuatro testimonios de Guatemala. Englebert, un cocinero, recibió amenazas después de negarse a llevar comida a un líder de pandillas escondido en las montañas. Ana, una vendedora de comida, escapó del acoso social después de que ella denunció a su exmarido por abusar de su hija menor y la denuncia se filtró a los medios de comunicación. Kennedy, un indígena Mam cuya comunidad se opuso al establecimiento de una mina de oro, abandonó su país después de sufrir un secuestro. Juan Adolfo, un indígena Chortí y maestro de preparatoria, emigró hacia el norte debido a la imposibilidad de encontrar trabajo. Sin las personas que generosamente compartieron su tiempo y sus ideas con nosotros, esta investigación no habría sido posible. Vemos este libro (al igual que *La migración forzada*) como una forma de devolver a los participantes y a la población migrante en general. También esperamos que permita a los lectores comprender mejor la difícil situación de los migrantes y hacer una contribución, por pequeña que sea, a los cambios de política en Centroamérica, México y Estados Unidos.

Parte 1
Honduras

Alexis | 33 años

Somos ocho hermanos, pero a nuestros padres no les importaba que estudiáramos. Me salí de la casa a los diez años y me fui a vivir con mi abuela y mi tía. Pero no es lo mismo. Es muy, muy feo. Desde entonces me he dedicado a sobrevivir yo solo. A los diez años empecé a trabajar en el campo, bajo el sol, para poder comprar mis zapatos, mi ropa. Estuvo bien difícil.

En mi familia hay pocos militares. Mi abuela tenía como 60 nietos y bisnietos. De esos, sólo yo decidí ser militar. El deseo de hacer mi servicio militar me nació por ver películas de guerra. Quise probar qué se siente. Por los problemas familiares, sólo tenía la primaria. Pero en los exámenes tenía un nivel de estudio más alto y en 2008 ingresé al ejército. Todo iba bien hasta que en 2009 destituyeron al presidente Manuel Zelaya. Ahí se complicó todo para los militares, porque participaron en esto.

Zelaya quería ser socialista. Él tenía mucha gente comprada. Les aumentó el sueldo a los maestros, pagaba subsidios para que la gente estuviera a favor de él. Estaba favoreciendo a mucha gente para que después, cuando pasara lo que él quería, la gente ya estuviera comprada. Cuando Zelaya estuvo destituido, las personas que él había favorecido estaban descontentas. Querían que él regresara y se lanzaron a la calle a manifestarse. Como el ejército está para eso, el ejército es el que mandaron a pelear contra el pueblo para defender la Constitución. Hubo heridos, hubo muertos, tanto del lado contrario como del lado de los militares. Casi un año estuvo así, pero pesado estuvo sólo seis meses. No se dormía, había toques de queda. Todavía están las secuelas de eso. Ahora tenemos un problema con el presidente Juan Orlando Hernández que se volvió a elegir.

Cuando ingresé al ejército, sabía que podía haber una guerra. A los militares nos preparan para eso. Estamos para velar por la soberanía y la integridad del país. Pero una guerra que estoy peleando por el territorio no es lo mismo que una guerra contra mi gente. ¿Cómo puedo matar a mi gente? No se puede, no se puede. Por eso decidí retirarme con honores después de dos años de servicio militar. No quería ser partícipe de lo que estaba pasando. Además, la gente culpaba a los militares de lo que había pasado. Hasta mi abuela estaba a favor de Zelaya. Si la gente se daba cuenta que yo era militar, me podía linchar. Cuando yo llegaba del ejército a la casa, la gente me empezaba a decir “golpista.”

En enero de 2011 vine a México, porque aquí hay más oportunidades, más libertad. La COMAR [Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados] me negó el caso, dijo que yo necesitaba pruebas. Pero no es necesario esperar que me corten una mano o un pie para tener pruebas. Seguí en el camino, pero me agarró Migración y me regresó a mi país.

Al regresar a Honduras, trabajé en el campo, en fábricas, en lo que saliera, hasta que en 2015 me salió la oportunidad de trabajar como custodio en centros de internamiento para menores infractores. Pasé los exámenes y trabajé ahí durante casi tres años como jefe del grupo de custodios. Los centros son para menores de 12 a 18 años, pero había personas de hasta 25 años porque andaban con documentos que no eran de ellos. Las personas de esos grupos son de madres solteras o productos de violaciones y hay veces que no están registradas.

“Tú como custodio, o accedes a las peticiones de ellos, o muere un familiar. Son inteligentes. No matan al custodio, porque lo necesitan. Matan a alguien que tú quieres para que accedas a sus exigencias.”

Los internos están divididos por grupos. Primero estuve trabajando donde estaban la pandilla Dieciocho y otros grupos más pequeños, como Los Benjamín, El Combo Que No Se Deja, Los Chirizos y la población común. Los tienen separados. Aun así, hubo muertes, hubo motines, hubo fugas, porque las instalaciones no son aptas. En el sistema de los menores infractores, entre ellos se mataban. Los enterraban sin que nadie se diera cuenta que faltaban personas, hasta que pasaba el conteo. No había control. Era un desorden, porque nadie les ponía interés a los menores infractores. Durante los seis meses que estuve ahí, tuvimos como cuatro enfrentamientos entre Chirizos y Dieciochos. Tuvimos bajas, pero de la manera más salvaje. Los menores son más agresivos y sanguinarios que una persona adulta. Cuentan las cosas como si fueran nada, cómo despedazan a la gente. Ya no sienten nada.

El principal problema es la falta de presupuesto, porque sin presupuesto no hay infraestructura, no hay seguridad. Cuando estuve trabajando en un centro para menores de la Dieciocho, tuvimos casi 300 de ellos. En cada turno éramos 15 custodios. Es demasiado poco. Pero a nadie le gusta trabajar en esto, y peor con menores. El pago es bueno, se pagan como 11,000 lempiras al mes, aparte de la comida. Pero la gente no quiere hacer este trabajo, por miedo a las exigencias de los pandilleros. Ellos tienen control dentro y fuera de los centros penales y centros de internamiento.

El custodio es para todos los grupos, pero no debería ser así. Porque si voy a un sector y luego a otro, los pandilleros dicen que somos punteros, o sea infiltrados o espías. Cuando se trabaja con menores, hay que ser psicólogo, hay que ser médico, de todo. Porque si no, lo envuelven a uno. Los menores son más problema que los adultos. Se creen muy poderosos. No piensan, sólo actúan.

Los pandilleros querían que yo les hiciera favores, que les pasara drogas, armas, incluso una granada, que les llevara mensajes de extorsión. Empiezan con cosas pequeñas, pero luego van pidiendo más y más, pero te ofrecen más dinero también. Ellos están presos, pero la pandilla les manda ropa, zapatos, las cosas

de aseo personal, les está dando todo. Primero buscan incentivar a la gente. A mí me ofrecían 200,000 lempiras por pasar una granada. Lo pude haber hecho, porque era jefe del grupo de custodios. Pero yo siempre me negué a trabajar para los pandilleros. Tú como custodio, o accedes a las peticiones de ellos, o muere un familiar. Son inteligentes. No matan al custodio, porque lo necesitan. Matan a alguien que tú quieres para que accedas a sus exigencias. Yo aguanté bastante tiempo las amenazas sin acceder a sus peticiones, porque no se puede. Si hubiera accedido, estuviera trabajando para ellos. Si uno empieza con esto, no sale de ahí.

Me cambiaron a otro centro, pero ahí también querían que yo hiciera lo que ellos querían, que les metiera droga. La mara tenía el control de su sector. Estaban como en su casa. Ahí lo único que hacíamos los custodios era cuidar que no se nos fugaran, que no se pelearan entre ellos. Fueron a buscarme en mi casa, pero por complicidad de una compañera nuestra, una custodia que era prima de una menor internada de la Dieciocho y le enseñó dónde vivía yo.

Pedí mi traslado a otra ciudad, pero ahí pasó lo mismo. Fue más pesado todavía, porque me cambiaron a un centro de readaptación de menores infractores mujeres. Las mujeres son peores que los varones. Son más agresivas y tienen labia, o sea poder de convencimiento. Una de las niñas se enamoró de mí, ese fue otro problema por el que me tuve que salir de ahí. Ella se quiso retirar de la pandilla para estar conmigo. Le dije que no se podía, pero sus compañeras le mandaron una carta al jefe de ellas y le decían que el problema era por mí. A partir de ahí me estuvieron vigiando, fueron a buscarme en mi casa.

Son tantos los pandilleros que han pasado por los centros de internamiento que tú te los encuentras en el transporte público o en la calle. Se te quedan viendo con cara de odio. Son traicioneros. El país es pequeño, y hay más delincuencia que gente buena. Los pandilleros saben dónde viven los custodios, saben sus rutas. Nos tenían vigilados desde que salíamos del centro. Es bien complicado. Para evitar problemas tomé la decisión de renunciar a la rápida y salirme de mi país. En 2018 llegué nuevamente a México. Esta vez decidí montarme a la Bestia. Que decidiera el destino si me moría allá o acá. Para que yo regrese a mi país, tienen que morirse todos los cipotes, tienen unos 15 años.

Honduras necesita un mayor presupuesto para el sistema de seguridad para que un policía gane lo suficiente y no se deje chantajear por el crimen organizado. Que en los pueblos haya más desarrollo de microempresas. Que haya un mejor sistema de salud, porque en los hospitales y centros de salud no hay medicamentos. El problema de las pandillas ya se les salió de las manos. Por mucho que se quiera, no se puede controlar. Hay que incentivar a las personas para que no tengan miedo, para que se levanten contra las pandillas y no se dejen extorsionar o manipular. Hay muchos lugares donde las pandillas no han podido entrar, porque la población no se les ha permitido. Ahí si van, las matan.

La única forma es formar grupos de autodefensa, porque en los pueblos no hay suficientes policías.

En México seguí estudiando. No me validaron mi certificado de primaria, así que tuve que hacer la primaria y la secundaria. Ahora estoy estudiando la prepa. También estoy trabajando, pero para mí es difícil. Cuando llegué a la casa del migrante en Huehuetoca, platicué con el padre. Presenté mi caso en la COMAR y un día el padre me habló de una fábrica que solicitaba gente para que trabajara. Pagaban el cuarto y 1,500 pesos la semana. Después de seis meses, la fábrica se empezó a portar bien mal con nosotros, no me pagaba horas extras. Estuvimos como 20 personas viviendo en el cuarto, todas estaban trabajando para la empresa y en trámite con la COMAR. A los nueve meses renuncié. No me querían dar mi finiquito, decían que yo no tenía derecho. Por los nueve meses trabajados, sólo me dieron como 900 pesos.

Ahora estoy trabajando en una empresa de seguridad. Pero también estoy mal ahí, porque trabajo 12 horas y me tienen como jefe de grupo, pero no me pagan como tal. Me pagan 3,100 pesos la quincena por 12 horas de trabajo y no tengo seguro médico. Quisiera que en México no haya tanta discriminación cuando uno busca trabajo. Por otra parte, en noviembre de 2018 la COMAR me dijo que ya no fuera a firmar, que sólo quedaba pendiente esperar la llamada para la última entrevista. Pero yo llevo un año esperando y nada.



Xenia | 35 años & Marlon | 44 años

Somos hermana y hermano. Ambos venimos con nuestras familias.

(Xenia) Soy maestra de educación primaria y ya tenía cinco años trabajando en la escuela. Yo amo mi profesión. Ya sólo me faltaban cinco clases para terminar mi Licenciatura en Pedagogía. Pero tuve que dejarla y me duele mucho, porque estuve dos años sacando todas mis clases. Que a la última hora de repente me pasara lo que pasó, es una pérdida grande.

Siempre han existido pandillas en ese lugar. Lo único es que nunca pensó uno que podían meterse con las escuelas. En todas las instituciones en Honduras –fábricas, universidades, escuelas– tiene que haber uno o dos pandilleros que se han infiltrado. Puede que ellos quieran estudiar o trabajar ahí, pero al mismo tiempo ellos le extorsionan a uno. O sea, esto nunca va a terminar, porque ya agruparon todo a favor de ellos.

En Honduras hay pocas plazas de maestros. Es difícil que te ubiquen. Cuando te nombran, tienes que arriesgarte e ir a donde te mandan para trabajar y darle el pan a tus hijos. Un maestro sin licenciatura gana 11.000 lempiras al mes. Con grado académico gana 21.000 lempiras al mes. No es un salario digno, porque alrededor de 5.000 lempiras se van sólo en pasaje. En las zonas rurales no hay manera de llegar en carro. Cada maestro tiene que buscar su propio medio de transporte. A veces los compañeros tienen que ir hasta en caballo, arriesgando su vida, porque no saben con quién se van a topar. Los maestros que no consiguen una mejor plaza dejan de trabajar, porque no pueden jubilarse hasta los 80 años.

El país llegó a un caos, por lo que estaba pasando con el presidente Juan Orlando Hernández. Al hermano del presidente lo metieron preso en Estados Unidos por narcotráfico. El presidente está en lo mismo, por eso la gente lo quiere sacar. Además, el gobierno ha privatizado el sistema de salud y la luz eléctrica. No está pensando en los pobres. No todos tenemos el mismo nivel económico. Nosotros los maestros estábamos ya teniendo tres meses sin salario, sin clases y saliendo a las calles arriesgando nuestras vidas. Los soldados, que son mandados por nuestro presidente, estaban ocasionando la muerte a los compañeros maestros por pelear por sus derechos.

Los pandilleros eran los peores enemigos de uno. Mi casa estaba en una zona de la Dieciocho y yo trabajaba en una zona de la MS. Los pandilleros me daban persecución hasta la escuela y descubrieron que ahí el grupo antisocial pandillero era diferente al de ellos. Al final yo no podía salir de la institución sin

que me encontraran. Me atemorice, porque afuera de mi escuela empezaron los enfrentamientos a balazos entre los pandilleros de esa zona y los que llegaban a vigilarme. Los pandilleros pensaban que yo estaba vigilando lo que pasaba allá y lo estaba traspasando a mi colonia, y los de mi colonia pensaban lo mismo. Por eso me amenazaron. Si yo seguía trabajando en el lugar que no concordaba con el lugar donde yo tenía mi casa, me iban a matar. Yo tenía que elegir una de las dos cosas: mi vida o mi trabajo. Tenía una plaza permanente como maestra, pero como tenía mi familia, tenía que huir y dejar mi trabajo.

“Me atemorice, porque afuera de mi escuela empezaron los enfrentamientos a balazos entre los pandilleros de esa zona y los que llegaban a vigilarme. Los pandilleros pensaban que yo estaba vigilando lo que pasaba allá y lo estaba traspasando a mi colonia, y los de mi colonia pensaban lo mismo.”

Las escuelas tienen alumnos que son hijos de pandilleros. Forzosamente tienen que pasar el grado, aunque no sepan nada. Por temor, los maestros les dan el grado. Las escuelas están vacías de alumnos, porque ya todos los padres emigraron por temor. El ambiente en la institución era demasiado traumante. Los maestros contratamos a un señor de edad como vigilante para que nos brindara seguridad. Pero hasta el mismo vigilante no quería correr riesgo. Los pandilleros mandaban papelitos con sus hijos a los maestros. Ni en el receso podíamos estar bien, para desayunar o para almorzar, porque ni la comida nos caía bien en el estómago. Estábamos desesperados que las horas pasaran y pudiéramos salir. Para el día siguiente teníamos que encontrarnos todos los compañeros en un punto específico para irnos para la escuela, porque si llegaba a pasar algo a uno, que nos pasara a todos. Si tenían que disparar a uno, tenían que balearnos a todos.

Los pandilleros querían tener mi casa como bodega de armas y drogas. Yo tenía que decir que eran mías. Llegaban a mi casa y tenían que entrar a los cuartos. Si llegaban policías, yo tenía que decir que no los había visto. Todo esto traumaba a mis hijas. Como teníamos un carro, cualquier tipo de traslado que tenían que hacer los pandilleros, llamaban a mi esposo para que él se los hiciera, corriendo riesgo.

Mi hija de nueve años miraba que en la colonia los pandilleros pasaban hasta con las pistolas en la mano. A la niña se le estaba ocasionando un trauma psicológico. Ya no dormía. Si escuchaba tiros, ella se tiraba al suelo. “Mami, ya nos vamos a morir. Tengo temor que yo me muera mami,” me decía a mí. En la escuela, la niña ya tenía un perfil distorsionado. Había llegado un momento en que ya sabía leer, pero perdió eso por el estrés que le causó la violencia. Cuando nos vinimos de Honduras, ya tenía tratamiento psicológico. A nosotros

como padres que somos, nos afecta, nos afecta grandemente. Ahorita que estamos acá en México, ella está ya tranquila.

Lo más lamentable es la salida de allá para acá. Esa es otra historia que uno vive. Cuando salimos de Honduras quedó todo abandonado. No traíamos nada, ni ropa ni nada. Teníamos que escondernos, ver cómo íbamos a conseguir alimentos y agua, porque viajar sin dinero era lo peor. Aguantamos lluvia, hambre, sed. Dormimos debajo del puente, teniendo al niño de ocho meses. Tratamos de que no llorara. Acá por lo menos encontramos este refugio. Al principio sufrimos, pero encontramos a personas acogedoras y buena atención. Mi hermano hacía trabajo electrónico, mi esposo lavó carros. Nunca nos quedamos con las manos cruzadas. Cualquier trabajo que se presentaba, ahí estábamos. De igual forma, durante el viaje perdimos nuestros pasaportes. Ahora quisiéramos sacarlos, pero no sabemos cómo. Nos aconsejaron que nos acercáramos a la COMAR [Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados], por la permanencia, sobre todo. Ahí es donde estamos ahorita, esperando a ver qué dice Diosito. Esperamos tener la residencia permanente, buscar un trabajo estable y luchar, a ver si volvemos a nacer de nuevo y recuperamos fuerzas.



Para que Honduras cambie, primero habría que cambiar a las cabecillas, porque desde que entró este presidente, las cosas empezaron a cambiar. Renovaron la presidencia, pero él ganó las elecciones mintiendo, engañando a la ciudadanía. Este señor está arruinando todo. Quedó mucha gente sin empleos

en Honduras, de fábricas, de bancos, de bananeras. Están despidiendo a mucha gente. Antes tú tenías un aguinaldo en junio, tenías un aguinaldo en diciembre, dependía de tu antigüedad lo que tú recibías. Ahora sólo contratan por tres meses, de tal manera que no tengan que pagar aguinaldo ni prestaciones. Honduras tendría que regresar a lo que ha perdido, su Constitución. Todos los artículos que protegen a la ciudadanía están siendo violentados.

(Marlon) Soy bachiller en ciencias eléctricas. Trabajaba como supervisor de pinturas, pero yo siempre aspiraba a algo más. Trabajaba como contratista y tenía un negocio. La que se quedaba en la casa con el negocio era mi esposa.

En mi colonia hay diferentes pandillas. Disparaban a lo loco, a como daba lugar, sin importarles nada. Llegó un momento en que la esquina de mi casa quedó sin iluminación, porque ellos reventaron todos los focos. Dije, “Bueno, voy a poner un foco afuera de mi casa para que haya más iluminación.” Pero no, me llegaron a decir que este foco no lo querían afuera.

Cuando mi hermana y su familia venían a visitarnos, los pandilleros estaban a la expectativa por qué llegaban, para dónde iban. Ya no podía uno invitar a amigos a la casa, porque los pandilleros piensan que todo extraño que llega a la casa de uno los anda vigilando. Ya el hondureño se volvió antisocial.

Los maleantes no pueden ver crecer a las hijas tuyas. Les comienzan a seguir, y si ellas no aceptan ser sus novias, las llevan a la fuerza. Es una preocupación grande. Mi hija de 15 años ya me decía, “Papi, me siguen cuando vengo de la escuela.” Uno que trabaja no puede estar pendiente, y no es lo mismo la fuerza de un padre que la fuerza de una madre. Yo tenía que escoger y decir, “Bueno, tengo que proteger más a mi hija que al trabajo.” Porque uno ya no se podía concentrar en el trabajo, sino que estaba pensando a la hora que la hija salía de la escuela, ¿qué le iba a pasar? Ya uno no estaba feliz, ya uno no estaba en paz.

Ya tenía dos años con el negocio. Uno comienza poquito a poquito. Cuando miraba uno que se vendían las cosas, metía más producto. Pero cuando los pandilleros ven que uno va creciendo, piensan que uno tiene mucho dinero y empiezan a pedir más. De extorsión tenía que pagar 3,500 lempiras al mes. Además, llegaban y querían alimentos. Si llegaban siete, los siete sacaban alimentos y no pagaban. Ni me di cuenta cuánto perdí por esto. Luego marcaron las casas en la cuadra con un rótulo “casa vigilada.” Tenía que pagar 600 lempiras a la semana por el rótulo. Hasta los ahorros tenía que sacar uno para estar pagando. Llegó un momento en que sólo me ajustaba el dinero para darle de comer a mi familia, no para pagar luz, ni recibos de agua ni nada. Cuando ya no tenía la capacidad para pagar la extorsión, comenzaron las amenazas. Uno no puede tener ni negocio, ni venta, ni nada. Si uno se atrasa un día para pagar, al día siguiente amanece muerto. A veces yo miraba a mis hijas que iban a la sala a

llorar. Lo último que pasó, cuando yo ya comencé a cerrar mi negocio, fue que uno de ellos chocó su carro contra la pared de mi casa. Destruyó la pared y uno no puede decir nada.

“Cuando los pandilleros ven que uno va creciendo, piensan que uno tiene mucho dinero y empiezan a pedir más. De extorsión tenía que pagar 3,500 lempiras al mes. Además, llegaban y querían alimentos. Si llegaban siete, los siete sacaban alimentos y no pagaban.”

Hemos perdido dos hermanos a manos de la delincuencia. Pero lo que tiene que hacer uno es callarse y no decir nada. Yo vi muchas muertes cerca de mi casa, y uno no podía decir nada, sólo echarse a llorar, porque son gente inocente. Llegó un momento en que las balas pegaron en la ventana y traspasaron para adentro. Ya no pudimos más.

¿Dónde está la ley en nuestro país, si los mismos policías, si los mismos gobernantes, están violentando los derechos? ¿En quién podemos confiar para que defiendan nuestros derechos? De repente me pueden acusar a mí, aunque no haya hecho nada. Pero nadie me va a salvar, porque nuestro país no tiene ley en estos momentos. Ya nadie confía en nadie en Honduras. Porque ¿cuántos muertos han pasado y las autoridades los han dejado desapercibidos sin hacer absolutamente nada? Antes, el ladrón sólo te decía, “¡Dame la cartera!” Sacaba lo que tenías en la cartera y te devolvía tus documentos. Pero ahorita, te matan y te quitan todo. Ya se perdió todo el respeto hacia la vida.

Por todo lo que estaba sucediendo no dormíamos, estábamos pensativos. Uno derramaba lágrimas sólo al pensar lo que estaba viviendo uno. Uno no sabía qué final iba a tener. E imaginarse tantas luchas, todo el esfuerzo que uno ha dejado. Uno siente impotencia, trauma psicológico. Tenía uno que centrarse para aparentar ante los hijos, a manera de que los hijos no sufrieran eso. Mucha gente tiene que irse. Mi colonia ya estaba vacía, ya no hay juventud. Toda nuestra familia está acá, porque lo que más deseamos es el mejoramiento para nuestros hijos, que estudien, que se superen y no crezcan en ese mismo círculo.

Nuestras propiedades quedaron abandonadas. No pudimos vender nada, porque salimos rápido. Debido a las amenazas, ya no podíamos esperar más tiempo. Ni a nuestra madre le avisé, porque iba a ser más preocupación para ella. No podíamos decirle todo lo que pasaba, si no se podía morir de un infarto. Cuando ya estábamos lejos, entonces fue que le notificamos a ella que estamos bien.

Desde que llegamos a México, sólo una persona se ha dirigido mal a nosotros. “¿Qué hacen aquí? Váyanse a su país,” nos dijo. Uno inmediatamente siente el rechazo, pero nosotros le dimos bendiciones. Uno tiene que ser optimista, tener

la autoestima alta. Pero nos sentimos bien. No nos podemos quejar. Hemos encontrado personas hospitalarias. Nosotros solamente le decimos a México que siga teniendo paciencia, porque más migrantes vienen en el camino.

Para que se calme la migración, nuestro país tiene que mejorar. Yo en algún momento llegué a pensar que Juan Orlando Hernández era el mejor presidente. Eso creía, porque comenzó a tapan toda la ruta del narcotráfico. Cuando comenzó a extraditar, a capturar, dije yo, “¡Púchica, estamos bien!” Pero todavía no nos estábamos dando cuenta que él estaba sacando a aquellos para quedarse con todo el poder. Todavía no sabíamos que era el narcotraficante más grande. Ahorita, el país está complicado por la actitud del presidente. No hay seguridad, ya no hay respeto. Desde el momento en que hubo fraude electoral, la sociedad perdió confianza. La sociedad hace lo que le da la gana. El delincuente hace cualquier cosa.

Honduras para nosotros era todo. No teníamos esa visión de migrar. Cuando salimos, lo único que quisimos fue salvaguardar nuestra familia y llegar hasta México. No hemos tenido la aspiración de llegar a Estados Unidos. Si alguien de Honduras me preguntara, “¿Me voy de ilegal para México?” Yo le diría que no, por el sufrimiento que nosotros vivimos. Pero a la larga, lo que está pasando en nuestro país, las amenazas, les obliga a las personas a emigrar.



Norma | 37 años

Yo vivía en un departamento fronterizo con Nicaragua, en una zona ganadera y de agricultura. Ahí las escuelas son muy pobres. Antes no pedían mucho para los niños, pero ahora piden que ellos vayan con uniformes y zapatos, que se pague la matrícula, todo. Ahora una escuela pública es casi como una escuela privada. A uno que es pobre, no le alcanza. Hay un centro de salud, pero son muy escasos los medicamentos. El hospital más cercano está en la cabecera departamental, pero es mala la atención. Yo que vivía cerca de Nicaragua, mejor me iba a la consulta al otro lado de la frontera. Cuando a mí me tocó el parto de mi último hijo, yo tenía un embarazo de alto riesgo. Como la atención era tan mala, ya no aguantaba los dolores y me quedé sola en la casa. Me hice fuerza y yo sola lo parí. Hubo una ayuda para las madres solteras, un bono solidario. Siempre me apunté, pero nunca tuve la oportunidad de recibir alguna ayuda para mis hijos. La mayoría del país está así. Además, no hay seguridad en Honduras.

“Mi pareja era muy agresivo, violento, me golpeaba. Abusaba de mí (...) Él es pandillero. Cuando yo lo conocí, no era así. Pero en la pandilla, se acercó al alcohol, a las drogas, se hizo más violento.”

Yo trabajaba en el campo, en las hortalizas de tomate, cebolla, chile dulce, chile jalapeño. Allá trabajo estable no se halla, sólo en temporada de cosecha, cuando los dueños de hacienda siembran tal vez maíz o frijol. Trabajar largas horas en el sol es pesadísimo. Entramos a las 5:00 de la mañana y salíamos a las 4:00, 5:00 de la tarde. En una ocasión trabajé en las meloneras en Choluteca. Ahí me levantaba a la 1 de la mañana. A las 2:00 de la madrugada llegaba el camión, porque viajábamos como dos horas para poder estar a las 5:00 en el mero punto del trabajo. Trabajábamos por hora, limpiando la planta del melón. A veces regresábamos a las 6:00, 7:00 de la noche. Yo pesaba 120 libras, pero en ese tiempo llegué a pesar como 80 libras. Me puse calavera, calavera, porque Choluteca es muy caliente.

Ahí hace mucho calor y trabajar en el campo no es para cualquiera. Sólo ganaba 93 lempiras por día, pero a veces la necesidad lo obliga a uno a aceptar. Para trabajar en una casa, lo que se podía ganar era 1,800 lempiras al mes. Entonces para mí no era favorable, siendo madre de cuatro hijos. Toqué puertas, buscando lavada, planchada. He sufrido mucho. Hasta llegué a prostituirme para darle de comer a mis hijos. Es duro, pero ya no sabía qué hacer. A mis hijos sólo les daba un arrozito cocido, sin nada, porque no tenía nada. Esperaba que venían en la tarde de la escuela y no tenía nada que darles. Yo lloraba.

Una amiga me dijo, “Vamos a la frontera, vamos a hacer esto.” Yo nunca lo había hecho en mi vida. Como yo vivía en la frontera con Nicaragua, fui a donde estaban los trailers.

Yo sufrí mucha violencia doméstica. Mi pareja era muy agresivo, violento, me golpeaba. Abusaba de mí. Cuando yo no quería, era a la fuerza. Él es pandillero. Cuando yo lo conocí, no era así. Pero en la pandilla, se acercó al alcohol, a las drogas, se hizo más violento. Los pandilleros son agresivos, no tienen corazón. Lo denuncié, pero a veces se lo llevaban un día y al otro día en la mañana estaba ahí. ¿Será que esperan que le maten a uno? No sé. En una ocasión, él me quiso matar con unas tijeras y yo lo rallé con un picahielo, medio se lo metí en la mano. Lo denuncié, pero no me escuchaban. En lugar de llevárselo preso a él, me llevaron a mí por 24 horas. Es muy común que se lleven a la mujer y no al hombre. Cuando yo decidí venirme, él me quiso matar, me agredió con un cuchillo. Él andaba bien borracho y yo me pude defender un poco. Todavía tengo cicatrices. Si estoy viva, es porque Dios es grande. Entonces esta vez que sucedió esto, en lugar de ir con la autoridad, mejor me fui de Honduras. Iba a traer a mis hijos más pequeños, pero no podía sacarlos del país. Se quedaron con la abuela.

Fue una decisión rápida. Sin dinero, a ride, caminando, me vine. Es muy duro entrar a México. Cada vez que veía un carro blanco, corría al monte. Aguanté hambre, aguanté sed, porque la gente en el sur de México no le da agua a uno. Fui a casas a pedir agua y me la negaron. “¡Fuera de aquí!” me decían, como un perro. En El Ceibo, ahí nadie lo lleva ni en el bus ni jalón ni nada. Caminé 57 kilómetros para llegar al albergue en Tenosique. Esta casa del migrante se llama La 72, en honor a los migrantes que mataron. Si entra ahí, va a ver los nombres de los que mataron. Me dolió el corazón ver esto. Yo estoy agradecida con todos los albergues, porque las personas ahí no tienen que atendernos. Gracias a ellas, hay un lugar donde dormir. No importa que la comida sea fea, lo importante es que uno no se muera de hambre. En Tenosique pasan miles de migrantes. Unos muchachos que venían de mi lugar me dijeron que mi expareja se dio cuenta donde estoy y que él venía en el camino. Entonces lo que hice fue, desesperada, con miedo, agarrar el tren. Nunca había andado en tren y a veces yo era la única mujer.

En las vías del tren en Lechería, me alié con una amiga de Guatemala. Era hombre vestido de mujer. Me llevé muy bien con ella, a veces estas personas son más sinceras que una mujer. Le gustaba mucho echarse sus traguitos. Se me perdió en Lechería, no la hallaba.

En la noche la fui a buscar en las vías del tren para seguir a Celaya. Me metí en medio de la estación del tren, ahí estaban varios vagones parados. De repente salieron dos hombres de los vagones y uno me agarró, me quiso violar. Fue el momento más triste de mi vida. Yo lloraba, les decía que no me hicieran daño, que estaba embarazada, para que no me violaran. Eran grandísimos, pero luego

los guardias prendieron unos focos y los hombres me soltaron. Luego encontré a mi amiga, toda borracha. Seguimos en el camino y llegamos a Celaya, de Celaya fuimos a Irapuato y ahí casi la mataron. Traía un teléfono y unos 250 pesos. Como es hombre, se resistió a que le robaran. Le dieron una golpiza y la dejaron casi muerta. En la noche la encontré morada debajo de un puente. Ahí estuvimos como seis días, hasta que ella se recuperó. Cuando salió el tren, ella lo agarró, pero yo ya no me pude subir. El tren me arrastró unos cien metros. Sentía que un aire me jalaba para dentro. Sólo tenía unos moretones donde caí. Fue muy duro para mí perder mi amiga. Les tomas cariño a las personas y luego ya no las ves.

En Guadalajara me encontré otra pareja de Centroamérica con su hija. Me junté con ellos y subí hasta la frontera. Primero fui a Puerto Vallarta. Ahí conocí a unas personas de Honduras. Ya habían trabajado para la mafia en esa ciudad. Me ofrecían trabajo, avisándoles si llegaba la marina, los estatales, los federales. Por la necesidad acepté y me llevaron por unos días para que yo aprendiera. Luego me sentí un poco indispueta, no aguanté, porque no hallaba ni entrada ni salida. Prácticamente era vivir en la calle, comer en la calle, tratar de bañarse en la calle. Me dio un poco de miedo también, así que decidí mejor irme de ahí.

En la frontera intenté pasar, pero vi que estaba muy difícil. Sentí miedo a mi vida, que me hicieran algo. No era tanto miedo de que me agarrara Migración, sino que me hicieran algo. Porque en esos pasos a veces secuestran a la gente. En el paso a Texas habían secuestrado a un hermano mío. Trató de cruzar a lo bruto, sin pollero sin nada, porque nosotros no tenemos la ayuda de nadie, sólo Dios. Se tiró a lo bruto y lo agarraron un grupo de secuestradores. Cuando ellos vieron que no tenía dinero ni familiares en Estados Unidos que podían pagar el rescate, lo soltaron a los diez días. Lo fueron a tirar en el monte, amarrado de pies y manos. Lo iban a matar, pero lo dejaron vivo.

Fui a Mexicali, pero ahí nunca hallé trabajo. Dormí en la calle, no soportaba el calor ni el hambre. Luego venía un grupo para atrás y decidí irme para Guadalajara. Me vine en el tren, llegué a Los Mochis, en Sinaloa. Sólo venían varones en el tren. Yo traté de aislarme, porque venía sola. Ya no aguantaba el sueño y ahí me violaron. Cuando llegué a Guadalajara, yo no iba a decir nada, me iba quedar calladita. Estaba desesperada, busqué a Migración para entregarme e irme. Pero ese día Migración no estaba trabajando. Entonces me vine al albergue y cuando me entrevistaron, ya no aguanté el llanto y tuve que decir que me habían violado. Me llevaron al hospital donde me dieron un tratamiento para prevenir un embarazo y una infección. También me hicieron una prueba rápida de VIH y me dieron un antirretroviral. Fue muy duro.

No quiero regresar a Honduras. El país necesita fuentes de trabajo, un sueldo mínimo para mantener a la familia. En San Pedro Sula están las maquilas, pero uno tiene que ser estudiado. Yo apenas pasé mi sexto grado, me considero analfabeta. Además, le piden muchos papeles a uno. Los antecedentes penales ya valen 300 lempiras. ¿De dónde voy a sacar esto? 300 lempiras para

mí es como el oro. Quisiera que se acabara la violencia de las pandillas, que no hubiera violencia doméstica. Allá la mayoría de los hombres son machistas, les gusta pegar a las mujeres, no lavan un plato. Quisiera que cambiara todo esto. A nuestro presidente, los hondureños le decimos “Juan Robando.” Si no estuviera él, el país no estaría a patas arriba. No habría necesidad de salir de Honduras, arriesgando la vida.

Al inicio mi idea era irme a Estados Unidos, pero ya no quiero. ¿Qué voy a hacer sin ayuda de nadie que me eche la mano? Ahorita con lo difícil que está, no me van a dar asilo allá. Cuando llegué a Tenosique, me orientaron que tenía la posibilidad de pedir refugio y lo pedí. Me esperé cinco meses, pero nunca me dieron una respuesta. Cuando tuve que irme de Tenosique, el caso quedó abandonado y la constancia de la COMAR [Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados] ya venció. Pero quiero quedarme en México y traer a mi familia. Yo hago manualidades y estaría feliz de hacerlo aquí.

A mí, lo que me gustaría es que quitaran a Donald Trump. Hay personas que entienden, hay otras que no entienden. Si ese señor no fuera así, o si en México no nos cazara tanto Migración, no habría tanto riesgo para los migrantes. Viene uno huyendo de la delincuencia, de todo y viene aquí con el temor de que lo agarre Migración. Si viene en el tren y hay retenes, uno tiene que tirarse e ir corriendo por otro lado. Corre uno y no sabe por dónde correr. No sabe si va a caer a un abismo. No sabe si le va a picar un animal. No sabe si por ir corriendo lo va a matar un carro. Eso es perder la vida uno. Yo creo que Estados Unidos y México tienen culpa, porque si no fueran tan duros con los migrantes, nada de esto pasaría.



Sara | 46 años

& Roque | 51 años

(Sara) Mi pareja y yo somos microempresarios. Desde hace años estábamos siendo extorsionados, igual que mi familia, porque ellos también tenían sus negocios propios. Uno de mis hermanos tenía una lavandería. Mi hermana tenía un comedor en una zona de pandillas. Yo le ayudaba a ella y como ella también es estilista, me apoyaba en mi negocio, que estaba prácticamente en la misma zona. Por las amenazas que recibieron, mi familia tuvo que dejar todo y venirse primero.

Mi primer negocio fue un salón de belleza, lo abrí en 2005 con el dinero que yo tenía en ese momento. Ya en 2006, 2007 me empezaron a extorsionar. Al inicio pagué la extorsión, pero se iba todo arruinando. Cuando me negué a seguir pagando la cuota, empecé a recibir amenazas por teléfono. Me decían que, si no les daba lo que me pedían, sabían dónde yo vivía, dónde estudiaban mis hijos. Cerré el negocio y se me metieron a robar. Eso ya lo miré como algo muy peligroso. Ya estaban como cumpliendo con lo que decían. Tuve que salirme de ahí y me fui para otra colonia. Por temor estuve casi dos años sin poner un negocio. Trabajé como secretaria, pero me quedé sin empleo. Como estaba yo sola, me quedé con mis hijos. Entonces por la necesidad, en 2012 volví a abrir el negocio en otro lugar. En aquel entonces también conocí a Roque.

Ese segundo negocio, también un salón de belleza, lo abrí con las prestaciones del trabajo. También abrimos un pequeño gimnasio. A los seis meses, los pandilleros empezaron a molestar, pidieron 2,500 lempiras mensuales para los dos negocios. Si ellos ven que uno va prosperando, va subiendo la cuota. Con el tiempo nos fueron exigiendo 4,000 lempiras al mes. Cuando no puede pagar, puede usted negociar y darles, por ejemplo, electrodomésticos. Después de tres años, ya no podíamos pagar la extorsión, porque teníamos que pagar el alquiler del local, tenía dos empleados y se vino todo abajo. Después de haber cerrado esos negocios, nos fuimos a otra colonia y abrimos solamente un pequeño gimnasio. Yo daba clases de zumba y de aeróbicos. Pero siempre nos encontraban. La última vez ya no pudimos pagar. Ya las amenazas eran más fuertes, porque nosotros huíamos constantemente. Corrimos con la suerte, porque normalmente llegan y matan a las personas que han huido de lo que ellos les estaban pidiendo.

Puse tres denuncias por la extorsión y las amenazas con el CONADEH [Comisionado Nacional de Derechos Humanos], con la DPI [Dirección Policial de Investigación] y con la Core-7. Pero no hicieron nada. Llegué como a cualquier lugar, me hicieron esperar, luego me tomaron la denuncia y dijeron, “Bueno, vamos a ver qué podemos hacer.” Me dieron una copia de la denuncia,

pero igual no me llamaban. Yo no di seguimiento a las denuncias, porque sentí que era raro que no me llamaran, sentí temor por el vínculo con las pandillas que pueda haber ahí. Pensé, “Si no hacen nada, es por algo. Mejor me evito problemas y me quedo a la expectativa de lo que pueda pasar.” Nos movimos a otra colonia, siempre en Tegucigalpa. Pero después de un tiempo, ya no aguanté la situación. Tuvimos que separarnos, mi pareja se quedó en un lugar, mis hijos en otro y yo me vine a México. Ese es el ambiente que uno vive. Es triste, porque uno quiere luchar y salir adelante. Pero lastimosamente, por donde vayamos, siempre hay peligro. Es difícil cuando uno tiene que dejar su casa, todo por lo que uno tanto ha luchado. Roque padece de muchas depresiones. A mí también me da mucha tristeza, pero hay que echarle ganas y seguir adelante.

Yo ya tengo mi residencia en México, por el vínculo familiar con mi hermana. Ella llegó a México hace dos años, pero igual ya no está aquí. Se fue de México, porque tuvo problemas aquí. Ella pidió refugio en Estados Unidos. Yo estuve como un año en Tapachula, trabajaba para apoyar a mis hijos en Honduras. Mi hijo menor tiene 21 años y somos más unidos. Él me decía, “Mami, no aguanto estar ahí. Tengo miedo de que me encuentren.” Fue así como Roque tomó la decisión de venirse y los dos se vinieron juntos. Nos quedamos unos dos meses más en Tapachula.

Fue muy difícil. Al inicio, nos dieron acogida en un albergue mientras estábamos buscando trabajo. Lastimosamente estaba demasiada gente, había poquita comida, dormimos en el suelo, sin ventanas. Pero decíamos, “Por lo menos, no estamos en la calle. Tenemos un techo, hay un guardia, es seguro.” Pero mi hijo tenía que quedarse a cuidar las maletas y nosotros salíamos para poder comprar un refresco, un agua saborizada o alguna otra comidita, un sandwichito, porque realmente no era muy agradable la comida ahí. No es que estábamos pidiendo gustos, pero a veces ni siquiera había comida, porque tenían que darles prioridad a los niños.

“Con el tiempo nos fueron exigiendo 4,000 lempiras al mes. Cuando no puede pagar, puede usted negociar y darles, por ejemplo, electrodomésticos. Después de tres años, ya no podíamos pagar la extorsión, porque teníamos que pagar el alquiler del local, tenía dos empleados y se vino todo abajo.”

Fue muy difícil encontrar trabajo. Para empezar, uno no tiene permiso de trabajo. El trabajo que normalmente tenían las mujeres allá era en los bares, en las cantinas por las noches, y yo no iba a hacer eso. Anduve por todo el centro de Tapachula, iba a las tiendas donde había rótulos que necesitaban personal. Pero me decían, “¿Tú no eres de aquí de México?” “No,” les decía, “soy hondureña.” “Ah no, sólo mexicanos,” me decían. Logré tener un trabajo en estéticas. Pagaban poco, como 100 pesos al día, pero es peor no estar trabajando. Roque encontró trabajos de pintura.

Cuando ya pudimos reunir algo de dinero para podernos ir a un lugar más tranquilo, con más espacio, había llegado una gran cantidad de migrantes cubanos y africanos. Se dispararon las rentas, los precios de alimentos, aparte de que los espacios que nosotros podíamos ocupar, que eran más económicos, ya estaban ocupados. Si encontrabas un lugar para vivir, era sólo para dos personas, no alquilaban para tres. Luego, Roque andaba por el centro de Tapachula y se encontró a alguien de la pandilla en Honduras. A raíz de eso, nos trasladaron a la Ciudad de México para seguir con los trámites con la COMAR [Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados] desde aquí.

Encontrar trabajo en la Ciudad de México ha sido difícil. Por medio de unas amistades, me ofrecieron un trabajo en Celaya, pero ya terminó el tiempo, me tocaba venirme para acá. Mi hijo se quedó sin trabajo y Roque también se quedó nuevamente sin trabajo. Tuvimos unas zozobras increíbles. En algunos lugares, debíamos tener avales y si no teníamos avales, teníamos que dar tres rentas. No teníamos para pagar el depósito ni la renta al corriente. En otros lugares, si éramos tres, no nos querían alquilar, tenían que ser uno o dos. Ahorita nos están corriendo del lugar donde vivimos por lo mismo. Entonces estamos casi en lo mismo que cuando empezamos. Después de todo lo que nos pasó en Honduras, es tremendo. Ya sólo Dios le da la fortaleza a uno. Yo sueño con estar en mi casa, tener tranquilidad y tener un trabajo para tener seguros mis alimentos y lo que me toque pagar. Lo que siempre he querido es tener un espacio donde yo pueda poner un negocio, una estética, para poderme defender y poder generar algo de dinero en caso de que no pudiera encontrar trabajo.



(Roque) En Tegucigalpa hay varias pandillas, pero predominan dos: la MS-13 y la Dieciocho. Ellas se distribuyen los territorios. Hay lugares donde no permiten

la extorsión a negocios, no permiten los robos a carros repartidores de productos, porque viven de la venta de drogas. Es decir, las pandillas actúan como policía. Por ejemplo, si a mí me roban un celular, prefiero ir a donde los pandilleros que a donde la policía, porque tengo más certeza de que los pandilleros me van a recuperar el celular, no los policías. Es una cosa bien tremenda que, en ciertas zonas, la misma población tiene que darles legitimidad a los pandilleros, por el hecho de que protegen el barrio. Son excepciones, pero ellos se van convirtiendo en una autoridad que hay que respetar.

“Negocios como ese son lugares donde llega gente y le sirven a la pandilla como fachadas. Querían que yo les tuviera droga por las noches y en la mañana me iban a pagar 100 lempiras diarias.”

Para la extorsión las pandillas usan bastante a menores de edad, los llaman banderas. Los ponen en lugares estratégicos y les asignan un celular o un walkie talkie para que avisen de cualquier movimiento, sea de la policía o de otra pandilla o de la misma persona a la que van a extorsionar. Ese es el trabajo de ellos. Normalmente reclutan a menores de 18 años para eso. En mi país hay miles de ninis, ni estudian ni trabajan. Les pagan como 1,500 lempiras a la semana y les dan una pistola para que anden ahí. Entonces ellos se sienten con poder, con dinero, con arma, con celular. A veces mandan a los menores a dejar la nota, pero también en el momento en que él va a dejar la nota, está ahí otro hablando por teléfono. Hay adultos y menores, pero la carne de cañón son los menores, de los 15 años para abajo. Porque si los atrapan, ellos ya saben que la ley les protege a los menores de edad. Es más fácil que salgan de la cárcel. Por otro lado, si los atrapan, ellos tienen su código de silencio, porque si los atrapan y los meten presos, el dinero se lo dan a sus familias. Ellos están bien organizados. A veces pienso que ellos llevan un mejor control de su contabilidad de lo que nosotros podemos llevar de nuestro negocio.

A veces se identifican por teléfono o entregan una nota para avisarle a la gente qué día pasan a recoger el pago. Ya han llegado al nivel de que están becando a jóvenes para que estudien derecho y cuando se gradúan, van a ser abogados de los pandilleros. También reclutan a gente que tenga conocimiento en contabilidad para que les ayude con los negocios. Ellos le crean un perfil a uno, hacen un estudio de negocio. Entonces ellos saben más o menos cuánto uno puede dar y dicen cuánto hay que pagar y cada cuánto tiempo. A veces es una vez a la semana, a veces cada 15 días, a veces una vez al mes. Y sí se identifican con el nombre del grupo, porque para ellos es muy importante marcar el territorio, que se sepa quién domina ahí. El problema es que a veces hay territorios intermedios, entonces la extorsión no es de un solo grupo, sino que es de dos. Ahí se vuelve peor la cosa.

Además, hay personas que, aprovechándose de que existen las pandillas, se hacen pasar por pandilleros y extorsionan. Pero cuando la pandilla se da cuenta, las mata. Las pandillas tienen lo que llaman “casas locas”. Son lugares donde llevan a la gente a advertirle, incluso a matarla. Tienen un bate, un palo de madera, lo llaman chayán. La mayoría de la gente ya sabe que existe chayán, no saben dónde, pero saben que existe. En algunos barrios hay un centro comunal que ellos controlan y donde ponen fiesta los sábados. Si alguien se pasa de copas y está haciendo relajó, le dicen, “¿Quieres ir a bailar con chayán? ¿No? ¡Entonces contrólate!” Si no se controla y empieza a hacer un relajó, lo llevan a bailar con chayán. “Bailar con chayán” significa que lo golpean. Pero eso sólo lo hacen dos veces. A la tercera, lo matan. Esto se sabe, porque algunos amigos nuestros, que se criaron con nosotros desde pequeños, también están involucrados en pandillas y esto se va contando de boca a boca. Sara, por ejemplo, tuvo una empleada. Al hermano de ella lo mataron, y a la madre la decapitaron, porque ella tenía un negocio y aceptó vender drogas. A veces la misma pandilla lo mata a uno, porque gasta el dinero de la droga o no se lo entrega completo a la pandilla. Entonces por medio de esas personas, uno se va dando cuenta. No es ningún secreto. Los pandilleros prefieren que no sea un secreto para que uno sienta más el temor de un ataque.

Como decía antes, si a mí me roban el celular, yo voy a donde un amigo que es amigo de éste y éste es más amigo de los pandilleros. Le digo, “Mira, hazme el favor, me acaban de robar el celular.” “¿Cuál es el celular? ¿Dónde te asaltaron? Va, tranquilo.” Van y si logran a dar con el tipo, lo llevan a la casa loca, le quitan el celular, lo golpean y me devuelven el celular sin cobrarme ni un cinco. Actúan así en algunos lugares. Entonces ellos agarran fuerza. Pero también de uno depende qué nivel de relación va a hacer con los pandilleros, porque entre más relación tiene con ellos, más compromiso tiene con ellos. Ese es el problema. Por ejemplo, ahorita estoy preocupado por un amigo. Allá en mi país, cuando no se paga la luz eléctrica, se la desconectan desde el medidor. Cuando uno va debiendo más dinero, se la cortan desde el poste y hay que reconectar. Entonces los pandilleros le dijeron, “Conéctalo, no vayas a pedir permiso a la ENEE [Empresa Nacional de Energía Eléctrica], nosotros te autorizamos. Si ellos vienen, ¡aquí estamos nosotros!” Ahí queda la decisión: ¿Lo hago por medio de la ENEE como debe de ser, o me ahorro ese dinero y lo puedo invertir en mi negocio? Si acepto la propuesta de los pandilleros, voy a estar protegido, pero tengo un compromiso con ellos.

¿Por qué la policía no hace nada para recuperar las casas locas? Empecemos por quién es el presidente. El hermano del presidente está preso en Estados Unidos. El jefe de toda la mafia en mi país es el presidente y las Fuerzas Armadas están coludidas. Confía más uno en la pandilla para poner una denuncia que en la policía, porque si yo voy a la policía, no estoy seguro si son honestos o no. Este policía viene e inmediatamente le dice al grupo, “Mira, vino una persona que se

llama Roque, vive en tal lado y te puso una denuncia.” Después dicen, “Apareció muerto, tan bueno que era, no se metía con nadie.” El problema es poner la denuncia a un lugar equivocado.



Después de que Sara se fuera a México, yo abrí un negocio de ropa usada, zapatos usados. También a veces me salían trabajos de oficina, entonces combinaba ambas cosas. Pero el negocio me ayudaba a mí para la universidad, porque yo estaba estudiando desarrollo local. En una etapa de mi vida, yo caí en las garras del alcohol. Ahora ya llevo cuatro años en sobriedad. Cuando uno está metido en el alcoholismo, es una desesperación por tomarse el trago. Uno lo va a buscar donde sea. A medianoche, los lugares que venden alcohol no son lugares muy buenos, pero a uno no le importa con tal de calmar esa ansiedad. El lugar donde yo iba a comprar alcohol estaba cerca de un punto de venta de drogas. La marihuana la probé un par de veces, pero no es lo mío. Pero unos amigos me decían, “Cómprame un bate de marihuana.” Entonces fui conociendo a algunos miembros de la MS-13. En algún momento me mandaron a un conocido, que es familiar de los que más estaban involucrados en eso. Me buscaron, porque sabían que yo había comprado alcohol en esa zona y tenía el negocio de venta de ropa y zapatos. Negocios como ese son lugares donde llega gente y le sirven a la pandilla como fachadas. Querían que yo les tuviera droga por las noches y en la mañana me iban a pagar 100 lempiras diarias, es decir, 3,000 lempiras al mes. Con 3,000 lempiras al mes, más otros ingresos que uno pueda tener, tranquilamente sigue estudiando. Pero aceptar eso es un compromiso. Yo le dije que lo iba a pensar, pero Sara ya había recibido amenazas, entonces no quedaba de otra que decirles que no. Pensé, “A ver qué dicen ellos, si me dejan tranquilo.” Pero me dijeron que tenía que pagar

protección por el negocio. Yo no quise darles ni un cinco, entonces mejor regalé toda la ropa y preparé el viaje.

Ahora tenemos cierta tranquilidad mental. Pero en Honduras teníamos nuestra casa, con dos árboles de almendra y a veces las ardillas iban a comer ahí. Es un mundo mágico que uno mira ahí. Dormimos en una cama grande, teníamos un televisor de plasma. Teníamos esas comodidades. No es que nos vayamos a poner a llorar por no tener televisor. Pero ¿por qué tengo que estar alquilando si tengo mi casa? Ahora tenemos complicaciones con los alquileres. Sara se fue a trabajar a Celaya y yo me quedé en la Ciudad de México con el hijo de ella. En ese momento los tres estábamos trabajando. Pero las cosas cambiaron, los tres tuvimos problemas. Entonces lo más lógico es que podamos estar los tres en el mismo lugar. Queremos estar juntos como familia, pero también es por la parte económica. Ahorita estamos bien restringidos, los dueños de la casa nos dicen que nos tenemos que ir, pero el problema es que cuando queremos rentar algo, nos piden dos, tres rentas o avales.

Yo ya no quiero estar en México. Yo soy un hombre trabajador, pero tengo tres hernias y tres discos de la columna. Aunque yo quiera trabajar en mudanza o construcción, no puedo. Entonces yo busco un trabajo de oficina. En un lugar me ofrecían trabajo como asistente administrativo y de recursos humanos. Primero nos pidieron 250 pesos para la credencial. Uno dice, “Por qué no, ese dinero lo voy a recuperar.” Porque me ofrecieron 1,500 pesos de sueldo base y bonos por producción. O sea, le pintan todo para que uno caiga. Luego decían, “Ustedes no van a hacer ventas, pero para que demuestren que tienen la capacidad de resolver problemas, necesitamos que vendan dos juegos de almohadas que valen 1,500 pesos cada uno.” El dinero de la renta lo di ahí, los 3,000 pesos, más 250 pesos. Yo era el único extranjero, pero había como nueve mexicanos que hicieron lo mismo. Parece que las almohadas eran compradas en Tepito, pero ese no era el problema. Cuando me puse a investigar, me di cuenta de que la empresa no existía. Era un fraude. Pero ¿cómo recuperas el dinero? Entonces estoy decepcionado. Ya quiero irme de aquí.

En Honduras, lo primerito que tiene que cambiar es las autoridades de gobierno, pero aparte hay un flagelo que es la corrupción. De nada sirve cambiar el gobierno, si no se combate la corrupción. El problema es que la corrupción es fomentada desde la ONU [Organización de las Naciones Unidas], desde la OEA [Organización de los Estados Americanos], porque ellas validan a los gobiernos, por la injerencia que tiene Estados Unidos con la OEA. Yo considero que Luis Almagro, el actual secretario general de la OEA, es un títere de Estados Unidos. Ellos son los que han validado al actual presidente de Honduras, que es increíble, sabiendo que es hermano de un narco.

Hay que cambiar esa estructura. Porque si esa estructura de corrupción está

ligada al narcotráfico y a su vez a la policía, que es el órgano que debería reprimir la violencia y el crimen organizado, entonces hay una colusión en todo eso. Controlando la corrupción, el crimen organizado y la violencia, el país se vuelve un país seguro y la pobreza se puede ir atacando. Las Fuerzas Armadas tienen que desaparecer, porque son las que sustentan al actual presidente. Es claro que este tipo, o quiere terminar su mandato, o quiere cuatro años más, porque estando en el poder le garantiza que no lo toquen. Hay que fortalecer a la policía para combatir la violencia, y fomentar más la salud y la educación, crear más hospitales y más escuelas. Hay que refundar Honduras, hay que hacer un nuevo pacto social en el país.

En México, yo sé que hay muchos esfuerzos en darle a conocer a la gente que migrar es un derecho, que también los mexicanos migran. Pero debería de haber más campañas de sensibilización hacia la gente, hacia las empresas. Las empresas son las que contratan y a veces discriminan por desconocimiento. La gente que nos renta debería saber que pueda confiar en nosotros.

Patricia | 35 años

Salí de Honduras por primera vez en 2011. Pasé la navidad en Piedras Negras, de Piedras Negras me moví a Nuevo Laredo. Ahí empecé a trabajar, aprendí mucho a planchar. Eso es lo que quiero aquí, una planchaduría, una tintorería. Casi todo mi sueldo lo mandaba a Honduras. Después de que mi pareja me dejara botada en Nuevo Laredo, regresé a Honduras. Como a los cuatro meses de estar ahí, miré que era demasiado duro. Busqué trabajo, pero no había, ni de barrer. Yo tenía casi seis meses de no trabajar.

“Mi hijo iba creciendo. Se enamoró de una niña de enfrente de la casa. Pero el tío de ella es pandillero. Me dijo, “Dile a tu hijo que se quite o lo quito con un balín en la frente.”

La segunda vez que salí de Honduras fue en 2015. Le dije a mi pareja que no nos fuéramos caminando, pero él me dijo, “No, hemos pasado muchas veces, no pasa nada.” A él no le pasó nada, pero a mí me agarraron cinco hombres armados. Fue medio en la selva cuando pasó. Para mí no eran asaltantes, eran federales. Porque el hombre que me violó tenía puesto una máscara, un pantalón azul con bolsas y zapatos como los que usan ellos. Cuando yo salí corriendo y doblamos la curva, miré la patrulla con las luces prendidas. Empecé a gritar y les dije que por favor me ayudaran. Pero el hombre me pegó con el arma y la patrulla no escuchó mis gritos. Tengo mucha furia con mi pareja, porque me violaron delante de él y él ni se movió. Antes de eso, perdí una bebé de una violación que me hicieron en Tegucigalpa. Me subí a un bus que no era, y el busero desgraciado me violó. Estuve todo el embarazo, pero cuando ya me tocó parir el bebé, la niña salió muerta. El hombre que me violó en 2015 me pasó el VIH. En Chiapas me hicieron exámenes y me dieron una visa humanitaria. Dije, “Esto no me va a matar, yo voy a seguir.” Quise olvidarme de todo esto y subí a Nuevo Laredo en bus. Me puse a trabajar, les planchaba a todos los americanos que venían de Texas.

Cuando estuve allá, mi pareja me pegaba, me gritaba. Estuve casi dos años aguantando los golpes y las patadas. Luego le dije, “Te me vas, yo no voy a seguir contigo, yo no voy a permitir que tú me golpees.” Él se brincó y se fue. Al año, yo empaqué mis maletas. No me ha vuelto a tocar otro hombre, a pesar de que estuve sola allá tanto tiempo, en Honduras también. Decidí regresarme a Honduras y fue cuando dije, “Aquí me voy a quedar con mis hijos y con mi mamá.” Mis viejitos me necesitan, porque soy la única que les ha ayudado a pagar la luz, la comida, la salud de mi mamá.

Esta es la tercera vez que salgo de Honduras. La tierra donde nacimos se llama Olancho. A mí me gustaba mucho ahí, por la leche de la vaca. Yo hacía cuajada

de la leche, hacía queso. Como toda mi familia estaba en Roatán, mi mamá me dijo, “Deshazte de lo que tienes en Olancho y te vienes a la isla.” Roatán parece un paraíso, pero es el paraíso para los americanos que llevan mucho dólar, no para los pobres como yo. Cuando empecé ahí, me miré como atada de patas y manos, porque se paga en dólares, se habla inglés y yo no sé hablar inglés. Pensé que con el tiempo la vida iba a ser más fácil, pero las cosas fueron más duras.

Me tocaba trabajar para que mi hija estudiara en un colegio privado, porque no había escuela pública. Tenía que pagar como 3,500 lempiras de colegiatura al mes. Pero igual estaba mi hijo. Mi meta siempre ha sido que estudien. Era duro levantarme a las 3 de la mañana. Me metí a un préstamo y puse un puesto de fruta. Luego empecé a vender pollo con tajadas y churros, o sea papitas preparadas. En dos años ya era dueña del negocio, incluso llegué a tener una empleada.

En el transcurso de esos dos años, mi hijo iba creciendo. Se enamoró de una niña de enfrente de la casa. Pero el tío de ella es pandillero. Me dijo, “Dile a tu hijo que se quite o lo quito con un balín en la frente.” Luego, ese hombre quería endosármelo a mi hijo, que mira las armas, los chalecos, los balines, la marihuana. Le dije al pandillero que no se metiera con mi hijo. Desde ahí se me empezaron a poner feas las cosas. El pandillero vigiaba a mi hija, me amenazaba a mí. Al final ya era mucha la amenaza, incluso me quiso matar. Lo denuncié con la policía, les pedí ayuda. Pero la policía me dijo que no podían hacer nada, que no era tiempo para detenerlo, porque no tenían suficientes pruebas. Por eso yo mejor decidí dejar todo botado. No iba a esperar que actuara.

Yo no tengo intención de irme a Estados Unidos. Con ese viejo pelos de elote, ¿por qué vamos a entrar? Si yo metiera mis papeles y me dijeran que Donald Trump me va a dar asilo, me pongo a trabajar. Pero brincar me el río con mis hijos, no. Ahora que México me ha dado el reconocimiento como refugiada, quiero que me ayuden a proteger a mis hijos, porque ellos no pueden regresar a Honduras. Me urge que estudien, porque sé que en cualquier momento yo me voy a ir. Mis hijos no saben que, en el 2015 en Ocosingo, siempre huyendo por lo mismo, unos tipos me violaron y uno de ellos tenía VIH. Como yo parí a los dos muchachitos, para mí son todo.

Quiero preparar a mi hijo, porque miraba las armas de ese pandillero. Quiero sacarle a mi hijo las balas y los chalecos que tiene en la cabeza. Mi hija tiene 18 años y nunca ha tenido un novio, no se lo he permitido. Le he dado sus cachetaditas. Le dije, “Primero haces tus tareas, lees tus libros, te preparas. Después puedes hacer lo que quieras.” A veces me enoja y le digo a mi hijo, “Por tu culpa, por tu culpa ando yo aquí.” Sí está mal que yo le diga que por culpa de él estamos aquí. Pero a veces también lo digo, porque ya estoy cansada. Ya no quiero. Ya no quiero y ya no puedo, y más con mi enfermedad. Me está dando miedo. Entonces digo yo, o me trato o me voy al hoyo. Pero si me voy al hoyo, quiero dejarlos asegurados.

A los 16 años me embaracé del papá de mi hija. Él tenía 28 y me dejó. No lo volví a ver hasta cuando la niña tenía un año. De ahí le perdoné y volví con él. Me embaracé con mi hijo y me dejó otra vez. No lo volví a ver hasta ahora que mi muchacho tiene 15 años. Ahora sí es su papá, pero igual es un miserable. Cuando yo le dije que me ayudara con el problema de mi hijo, me dijo que, si yo no quería que se saliera de la casa, que le consiguiera una chica y que se la tuviera ahí. “El muchacho va a fumar marihuana,” le dije. “¿Y qué importa?” me dijo. A mí sí me importa y a mi pareja también.

Tengo como siete, ocho años viviendo con mi pareja. Él ha estado en las buenas y en las malas, pero igual no tenemos nada, porque él es una persona que se enoja y se va. Me deja un año, me deja dos años y yo sigo sola. Él siempre me abandona y se va. Él sabe lo que esos hombres me hicieron. Lo que tenemos, no sé si es por lástima o porque sí de verdad me ama, pero él sigue ahí. Yo le dije, “Aléjate, soy una persona con el VIH, tú lo tienes también, porque eres mi pareja.” Él me dijo, “No, vieja. Nunca te voy a dejar sola.” Pero sí, cuando se enoja se va por tiempos y yo me quedo sola, pero igual yo sigo con él.

Mi pareja no ayuda, no apoya. Cuando hay que buscar casa, no lo hace. Cuando hay que mover papeles, no lo hace. Cuando hay que encargarse de algo, no lo hace. O sea, él no es un hombre que se desempeña solo. Le digo, “Tú eres un hijo más para mí.” Ya no puedo. Creo que soy muy joven para llevar tanto esto, ¿no? Pero la he aguantado. Yo le tengo apoyo a mi pareja, porque le dice a mi hijo, “No agarres este vicio, no hagas esto.” Él es un hombre bien sano. No toma ni fuma, ni anda en fiestas, nunca me ha puesto a una mujer por enfrente. Ese es el detalle que creo que es lo que me ha enamorado de él. Él sabe lo del VIH y ahí se quedó desde el día que se dio cuenta. Por eso digo que sí me quiere.



©Rubén Figueroa

Parte 2
El Salvador

Carlos | 31 años

Yo era jefe de crédito y cobranza en un banco, me dedicaba a autorizar o rechazar créditos. Tenía un buen salario y buenas prestaciones, tenía mis comodidades. Cuando estaba bien económicamente, tenía dos carros y una moto. Los pandilleros, al ver que yo llegaba a la colonia en moto o en carro, se acercaban a mí y me decían que les prestara la moto o el carro. Yo me negaba en muchas ocasiones. Una vez llegó el jefe de la pandilla y quería que le prestara mi moto. Le dije que no, pero él me dijo que no me la estaba pidiendo, que era una obligación que se la diera. Para no tener problemas, tuve que darle la llave de mi moto. Se la llevaban y la traían a los dos o tres días. Si la moto se hubiera usado en algún delito, yo podría haber tenido que responder por ello. Pero uno no puede decir nada, por que si me negaba, me amenazaban con matarme.

“Me salió el hijo de ella, salió sin camisa, con tatuajes de pandilla en el pecho. Cuando le pedí que su mamá se acercara al banco a poner su cuenta al corriente, me dijo qué no, que el dinero era suyo y que él no estaba obligado a pagar nada.”

Un mes de diciembre me pasó un accidente, me fracturé el brazo. El banco me incapacitó y dentro de mi incapacidad, me mandaron a otra zona de trabajo. En esa zona habían despedido al compañero. Él ocupaba todo su salario para drogas y no había hecho bien su trabajo. Para ver si aplicaba un crédito o no, había que ir a la casa del cliente y revisar qué electrodomésticos tenía. Pero había gente que quería sacar créditos para cultivos y sólo llevaba las escrituras de su casa. Sólo por ver los documentos de su propiedad, mi compañero les autorizaba créditos. Él no sabía que la gente tal vez vivía en chozas de lámina, que dormía en hamacas. A la hora de ir a cobrarle a la gente, no tenía cómo pagar la deuda. De repente la cartera de crédito se saturó de gente que no podía pagar.

Al mismo tiempo se cometieron unos fraudes. La política era no darles crédito a gente que no aplicara, porque el banco prestaba conforme a garantía. Había personas que pedían el crédito mediante un aval o un fiador, que tenía que poner la garantía. Era prohibido darles créditos a pandilleros. Pero en El Salvador es bien difícil saber quién es pandillero y quién no. Había pandilleros que quizás a través de alguna tía sacaban créditos y luego no pagaban la deuda. En ciertas ocasiones llegué a la vivienda a cobrarle a la gente, porque ya estaba muy atrasada. Un día llegué a cobrarle a una señora, pero no la encontré. Me salió el hijo de ella, salió sin camisa, con tatuajes de pandilla en el pecho. Cuando le pedí que su mamá se acercara al banco a poner su cuenta al corriente,

me dijo qué no, que el dinero era suyo y que él no estaba obligado a pagar nada. Sacó un arma y me dijo que me fuera, si no me iba a balacear.

Me fui topando con más situaciones así. De hecho, a algunos de ellos me tocó embargarles sus bienes. La gente se quedaba con cierto rencor hacia mí, porque yo les había quitado sus cosas. La zona donde me quedé trabajando, era la zona donde yo también vivía. Era un pueblo y la gente se conocía. Ahí había compañeritos de mi clase que eran pandilleros. Entonces la gente que me guardaba resentimiento sabía dónde yo vivía. Es muy complicado, porque cuando yo tenía que buscar a alguien de una zona contraria, me podían matar también. Empecé a tener problemas con las dos pandillas. El banco, al ver que no pude limpiar esa cartera de crédito, me despidió. Pero incluso después de haber dejado de trabajar en el banco, los pandilleros me seguían. Yo tenía luz verde, me querían matar. Una señora que me conocía de pequeño, la abuela de un pandillero, le contó a mi mamá que los muchachos me querían matar y que me dijera que me fuera. Ese día ni llegué a la casa.



No denuncié lo que me había pasado, porque la autoridad, la misma policía está infiltrada. No se sabe quién es el bueno ni quién es el malo. Una tía mía tenía un hijo de 17 años. Un día llegaron a su casa unos uniformados de policías para llevarse al muchacho. La tía les dice, “Déjelo que se ponga los zapatos.” “No, señora,” le dijeron, “para dónde va, ya no los va a ocupar.” Sacaron a dos más de la colonia y se los llevaron en un carro. Al siguiente día fueron a la estación de policía a preguntar por los tres, pero estaban desaparecidos. A la semana aparecieron los cuerpos, ya putrefactos. Uno apareció sin órganos, al hijo de mi tía lo encontraron sin cabeza. Lo reconocieron sólo por la ropa con la que salió de la casa.

Cuando me pasaron los problemas, mi hermana y mi hermano también tenían problemas con pandilleros y decidimos salirnos los tres. Contactamos a un coyote que es hermano de mi cuñado, o sea del esposo de mi hermana. Ese coyote ya tenía experiencia en poner a la gente en Estados Unidos, aparentemente estaba haciendo bien las cosas. Él tenía comunicación con un montón de gente en México, porque para venirse para acá, no se pasa con una sola persona. Le entregamos una cantidad de dinero en efectivo y le dimos un carro deportivo que yo tenía, valorado como en 10,000 dólares. Se hizo una cuenta de 25,000 dólares para que llevara a seis personas: mi hermana y su esposo, mis dos sobrinas, mi hermano y yo.

Pero lo que hizo el muchacho fue robarse el dinero y dejarnos tirados en Reynosa. Cuando llegamos a Reynosa nos dijo la persona encargada de cruzarnos al otro lado, que él no había pagado nada por nosotros. El esposo de mi hermana consiguió el dinero para que ellos dos pasaran, pero mi hermano y yo nos quedamos en Reynosa. Ahí estuvimos unos seis meses.

Nos tocó regresarnos a El Salvador, sin dinero, sin nada. Nosotros no buscamos problemas con nadie, no somos así. No le íbamos a cobrarle al coyote, porque estábamos entre familia. La otra cosa era que él es pandillero. Si hubiéramos ido a su casa, nos habrían matado. Me tocó empezar de cero. Para no tener mucho problema, busqué trabajos como mecánico y como chofer de tráiler. Ganaba menos de diez dólares al día y tenía que rentar algún cuartito, comprar una cama, ropa, zapatos, mandar dinero para mis hijos. El dinero no me alcanzaba, era bastante difícil. Yo vivía solo, me mudé como cuatro veces, porque los pandilleros siempre me localizaban. Era dura la situación. La última vez ya me fui a donde la mamá de mis hijos, pero me dijo, “Mejor váyase, porque aquí lo van a matar y va a ser más grande la decepción para mí.” Entonces por ella me fui a México.

Salí con 100 dólares en El Salvador y en la frontera con Guatemala, cambié moneda de dólares a quetzales. En eso me robaron bastante dinero, entonces ya iba con pocos quetzales. Llegué a la capital de Guatemala, ahí dormía en una estación de autobuses, en unos cartones en el suelo. Comí una sola vez al día. Me eché más de 30 horas para entrar a México. Como llegué con sólo 100 pesos, llamé a un tío en Estados Unidos y él me puso 100 dólares. Yo iba para Tijuana, pero saliendo de la Ciudad de México me agarró Migración en un retén. Me metieron a la estación migratoria de Iztapalapa. Ahí me eché como dos meses detenido, hasta que el ACNUR [Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados] me sacó. Ahora ya tengo el reconocimiento de refugiado. He estado trabajando en una carpintería, pero estoy viendo la manera de poner un negocio de venta de tacos o comida salvadoreña. Me siento tranquilo, pero también un poco desesperado, porque quisiera ver a mi familia después de tanto tiempo. Mi esposa y cuatro hijos están en El Salvador. Los niños están pequeños, por eso no me los quise llevar. No sabe uno a qué se va a enfrentar en el camino, si lo va a agarrar algún cártel. Si a uno le pasa algo, ni modo. Pero con

los niños no se puede andar jugando. El poco dinero que tengo, se los mando. Pero no tengo lo suficiente para traerme a mi familia.

México es un país que les ayuda a los migrantes, pero hay mucha corrupción. Pienso que se debería poner más controles o pruebas a las personas que tengan un cargo, sobre todo los que tengan un cargo alto, porque son los que roban. En la estación migratoria inmediatamente me quitaron el celular y el dinero. Sacaron la información de mi celular y llamaron a mi mamá, diciéndole que yo estaba secuestrado. Tengo una grabación del audio donde le dicen que me van a cortar los dedos. Mi mamá se lo creyó y les depositó 3,000 dólares mediante Western Union. Levantamos una denuncia en la PGR [Procuraduría General de la República], pero no pasó nada.

Manuel | 33 años

El Salvador tiene buena vegetación, un muy buen clima, playas muy hermosas y gente muy trabajadora. No es un país pobre, sino empobrecido, porque hemos sufrido muchos saqueos de los mismos gobernantes. La problemática más grande de El Salvador es la violencia y la delincuencia, específicamente las pandillas, pandillas como la MS y la Dieciocho. Me atrevería a decir que el país está siendo gobernado por ellas, no por los gobernantes. Las pandillas son las que manejan el país a su antojo y no hay nadie quien las detenga.

Yo vivía en uno de los municipios más violentos del país. Ahí nací y ahí crecí. En la escuela yo conocí a mis compañeros que vivían por diferentes puntos de la colonia. Al crecer uno ya comienza a diferenciar los territorios de cada pandilla. Luego ya ves que tus compañeros comienzan a caminar diferente, a hablar diferente, a actuar diferente. Sin embargo, yo seguía en comunicación con todos mis compañeros de la escuela y siempre me llevé muy bien con todo mundo. Yo no tenía miedo de ir a otras partes de la colonia, o incluso a las colonias aledañas, a visitar a los que eran mis amigos. En mi cabeza inocente yo pensaba que, como no estaba buscando problemas, no me iba a meter en problemas. Yo vivía en territorio de la MS y la iglesia a la que yo pertenecía desde pequeño, estaba en territorio de la Dieciocho. Entonces nunca me vieron como una amenaza, pensé yo.

Como a eso de los 14 o 15 años, empezaron a cambiar las cosas, porque los ofrecimientos de las pandillas ya eran más evidentes. Los de la MS decían que yo tenía que pertenecer a su pandilla, porque vivía en su territorio. Los de la Dieciocho aseguraban que yo tenía que pertenecer a su pandilla, porque ellos me iban a cuidar y me iban a proteger. Pero yo tenía otras aspiraciones. Yo siempre me opuse a la idea de algún día tener que pertenecer a una pandilla. Siempre les comenté que yo no tenía nada en contra de ellos, pero tampoco estaba a favor de ellos. Algunas veces, por el grado de confianza y de cercanía que tenía con algunos de ellos, yo les decía cosas muy groseras, les decía que estaban completamente locos. Crecimos juntos, fuimos a la escuela juntos, vivíamos en la misma colonia. Me daba tristeza ver cómo algunos terminaron como drogadictos o me amenazaron si no me unía a su pandilla o no colaboraba con ellos.

Me acuerdo de que, cuando yo tenía 16 años, fui testigo de cómo un niño de 14 años, que yo creía mi amigo, mató a un amigo nuestro. Cuando lo volví a ver, le pregunté por qué había matado a nuestro amigo. Me dijo que las cosas así eran y que no me metiera donde no me importaba. Y lo que me dijo después se me quedó bien grabado en la mente, porque luego apareció en una pared en un grafiti. Me dijo, “Aquí sólo ves, oyes y te callas si no te quieres meter en problemas.” A los pocos días, enfrente del andador donde yo vivía, decía “Ver, oír y callar.”

Cuando yo era estudiante de relaciones públicas en la universidad, bajando del colectivo cerca de mi casa, me agarraron a tiros. Para mí fue una sorpresa, incluso al principio pensé que yo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, que el atentado no era para mí. Porque yo creía no tener problemas con nadie, no deberle nada a nadie. Siempre me llevaba bien en mi colonia, siempre fui muy involucrado en la directiva comunal, en la iglesia, en todo. Además, durante muchos años me dediqué a ser voluntario en el teletón y en la universidad.

Luego los pandilleros me buscaron y me dijeron que fue sólo una advertencia, que la idea no era matarme. Pero que me quedara bien claro que cuando me encuentren, ellos no se iban a tocar el corazón para llenarme de plomo. Me lo dijeron así, con esas palabras textuales. Y me lo dijo un compañero que tuve en tercer grado de la primaria. Me dijo, “Si no somos amigos, tenemos que ser enemigos. Porque si eres amigo de los de allá, eres enemigo mío.” Me acuerdo de que después de eso, nunca me volvió a hablar y cada vez que me veía, yo llegué a tenerle miedo. Incluso dejé de frecuentar y caminar por la zona donde vivía yo, rodeaba toda la manzana de mi casa para agarrar el colectivo por otro lugar. Fue cuando yo comencé a vivir con miedos y temores, a veces hasta soñaba que los veía en el techo de mi casa. Pensé que tarde o temprano me iban a matar. Incluso llegué a pensar que iba a ser inevitable que tenía que decidirme por una pandilla.

Cuando yo estaba por salir de la universidad, surgió con unos amigos la idea de crear un movimiento de jóvenes, que llamábamos *Jóvenes Contra la Violencia*. La idea no era contrarrestar la violencia en el país, porque siempre creímos que la violencia es algo que nunca se va a acabar. Pero sí soñábamos con algún día trabajar en políticas de juventud y tratar de minimizar los actos de violencia en el país. Incluso recibimos el apoyo de USAID [United States Agency for International Development] y de la Unión Europea. Luego decidí retirarme del movimiento para dedicarme a mi trabajo. Siento que el trabajar en la alcaldía de mi municipio, fue el detonante final para tener problemas con las pandillas. La ciudad fue uno de los “Municipios Libres de Violencia” que formaban parte de la tregua de pandillas durante la administración del presidente Mauricio Funes.

En el período 2012 a 2015 yo era relacionista público y manejaba el equipo de comunicaciones del alcalde. Yo andaba casi siempre de la mano del alcalde en sus presentaciones públicas, recolectando fotografías y videos. Cuando no estaba en el campo, yo estaba en redes sociales, escribiendo discursos o viendo unos detalles de entrevistas e investigaciones de los medios de comunicación. Ese trabajo me obligó a tener acercamientos con muchas personas. Durante la tregua me tocó hablar sobre ese tema y tener contacto con líderes de pandillas. Como relacionista público, mi trabajo era hacerle creer a la población que la tregua era un éxito y que el alcalde había traído paz al municipio. Incluso se montó todo un espectáculo de llamar a líderes de pandillas y a algunos líderes

gubernamentales, incluso del gobierno central, a firmar un pacto de paz. Fue muy bonito ver a los líderes de pandillas contrarias dándose la mano, incluso abrazándose y pidiendo disculpas por haber ofendido. Cualquier ciudadano se conmueve ante eso y tiene esperanzas muy altas.

Yo siento que la tregua fue un asunto político que nunca funcionó. El objetivo principal de la tregua era frenar los homicidios en contra de la ciudadanía. A los líderes de pandillas se les daban beneficios para que no se cometieran asesinatos. Sí hubo una reducción muy grande de homicidios. ¿Pero cuánta gente empezó a desaparecer en esa tregua? Porque los homicidios ya no eran: voy, lo agarro en la calle, le meto cinco, seis tiros y lo dejo ahí tendido. Sino que ahora la forma de actuar era: mejor lo desaparezco y que nadie sepa dónde está. Eso no es algo que estuvo en alguna política pública, es algo que yo percibí.

Llegó un momento en que la tregua se salió de control y comenzaron a haber muchos asesinatos entre ambas pandillas, incluso entre la misma Dieciocho. Comenzaron a haber muchos asesinatos alrededor de mi casa, a tal punto que a nosotros los vecinos se nos hacía muy típico escuchar balaceras. Se nos hacía muy normal salir a la tienda a comprar algunas cosas y encontrar a un pandillero tendido en la calle baleado. Además, la gente vivía siendo extorsionada igual. Los robos estaban a la luz del día. Los pandilleros se subían a los colectivos y asaltaban al mundo entero. Desde mi punto de vista como ciudadano, la tregua nunca funcionó. Aunque también tengo mi punto de vista como empleado de una entidad gubernamental, y dentro del gobierno se decía que la tregua era un éxito. Yo lo veía desde los dos lados y desde mi punto de vista, la tregua fue algo que en realidad nunca tuvo fruto.

En repetidas ocasiones yo recibía amenazas de las pandillas. Llegué a sentir un tipo de odio por los pandilleros, porque venían y violentaban la tranquilidad incluso de mi casa. Yo vivía en un triángulo donde finalizaban el territorio de la MS y los territorios de las dos secciones de la Dieciocho, porque hay una división entre la misma Dieciocho. Para ir a trabajar yo tenía que salir del territorio de la MS y pasar por entre medio de los dos territorios de la Dieciocho. Como yo vivía en el triángulo donde culminaban los tres grupos, mi casa servía en determinados momentos como un puente. Si los pandilleros de la Dieciocho querían ir y asesinar a alguien en territorio de la MS, se les hacía fácil subir al techo de mi casa y luego por el mismo techo de mi casa regresar a su territorio. A veces llegó a mi casa la policía a tumbar la puerta, porque pensaron que nosotros estábamos encubriendo a los pandilleros.

Una vez yo no estaba en mi casa y cuando llegué, encontré las puertas tumbadas, la casa revuelta. Yo entré en pánico y le dije a mi mamá, “¿Qué pasó?” Me dijo, “Vino la policía y nos revolvió todo. Quiero saber si andas en malos pasos, porque ellos sacaron marihuana de tu cuarto y dicen que tú estabas vendiendo marihuana a los pandilleros.” Eso para mí fue algo sorprendente, algo que yo no

alcanzaba a concebir. Pienso que los mismos policías me dejaron la marihuana en el cuarto. Porque los pandilleros asaltaban por arriba del techo, pero nunca se metían a mi casa. Y las veces que lo hacían, no más era para esconderse por unos minutos mientras alcanzaban a respirar y otra vez se volvían a brincar. Entonces esa vez, yo fui a la policía y no fui a quejarme, no fui a poner a una denuncia. Llegué a insultar a la policía por lo que habían hecho, porque yo me sentía muy ofendido por parte de la misma policía.

A mí me gusta mucho la vegetación. Yo tenía árboles muy bonitos en mi jardín, pero como servían para que los pandilleros se pudieran subir al tejado, me tocó cortar todo lo que yo tenía sembrado en mi jardín. Eso me generó problemas, porque llegaron los pandilleros y me dijeron que por qué les estaba entorpeciendo el lugar donde ellos pasaban, por qué había cortado todos los árboles de mi casa. Pero esto no los detenía, porque siempre se las ingeniaban ellos. Tenían artimañas para saltarse por mi casa para hacer alguna fechoría. Tanto los de la MS se pasaban al territorio de la Dieciocho, como los de la Dieciocho se pasaban al territorio de la de MS, por mi casa. Entonces eso generaba que ellos creyeran que yo estaba de alguno de los dos lados. Tanto la Dieciocho pretendía matarme, porque pensaba que yo colaboraba con la MS, como la MS pretendía matarme, porque pensaba que yo colaboraba con la Dieciocho.

“Mi casa servía en determinados momentos como un puente. Si los pandilleros de la Dieciocho querían ir y asesinar a alguien en territorio de la MS, se les hacía fácil subir al techo de mi casa y luego por el mismo techo de mi casa regresar a su territorio.”

Para evitar esta situación, yo mismo con mis propias manos, sin saber de construcción y albañilería, compré ladrillos y construí un muro. A raíz de eso recibí un atentado bastante grave en mi casa. Llegaron los muchachos de la MS y me amenazaron con una pistola en la cabeza. Me dijeron que me daban un lapso de 24 horas para que yo me fuera de mi casa. Si no, me iban a matar a mí y a toda mi familia. Tuve tanto miedo que ese mismo día, busqué una delegación de la policía y les dije esto y esto está pasando, ya no sé qué hacer. Pero el agente me dijo, “Nosotros no podemos hacer nada. Yo no puedo ir y ponerte un policía que te esté cuidando, porque lo que voy a generar es que ellos se revuelvan más y agarren represalias. Ya no sólo vas a ser tú la víctima, sino también tus familiares y tus amigos. Porque los pandilleros no actúan en contra de quien le tienen odio, ellos actúan en contra de la gente que esta persona tiene cercana. Entonces lo que haces es que generas más conflictos. Yo no puedo ir y revolver las cosas. Si no te sientes seguro, lárgate, búscate otro lugar donde estar.” Y fue exactamente lo que pasó. Llegó una patrulla a la casa y llegaron los pandilleros y me agarraron a tiros.

No me quedó más remedio que huir de la casa. Me acuerdo de que yo me fui para donde un amigo y él me dijo, “No te puedes quedar aquí, ya tienes muchos antecedentes.” Entonces me fui a la casa de uno de mis hermanos y no sé cómo se regaron las noticias, pero rápido me fueron a buscar, a pesar de que el lugar donde yo estaba era territorio de la Mau-Mau, una pandilla contraria de la MS. Si yo me hubiera sentido un poco más seguro de parte de la policía, yo no hubiera salido de El Salvador. Yo esperaba otro tipo de respuesta, esperaba que me dijeran que iban a abrir una investigación. Pero la policía nunca siquiera me dio esperanza de que iba a investigar o de que iba a hacer algo. En realidad, ni siquiera me veía viviendo lejos de mi familia, de mi país. Yo pensé en irme un tiempo, alejarme de todo esto, permitir que las cosas se tranquilizaran y luego regresar a mi vida normal.

Tenía pensado quedarme en Guatemala, porque tengo un hermano que vive ahí. El autobús en el que yo venía iba directo a la frontera con México. Yo tenía la opción de bajarme y quedarme con mi hermano, o de irme hasta Tecún Umán. Me acuerdo de que a medio camino le volví a marcar a mi hermano y me dijo, “Si los pandilleros ya intentaron matarte, te van a buscar hasta que te encuentren. Yo en mi casa no te quiero. Si vienes arrastrando problemas de allá, vete y arrástralos a otro lado.” Entonces no tuve otra opción que cruzar la frontera para México. En Tapachula solicité refugio. Fui muy afortunado, porque me atendieron en el momento en que llegué y me resolvieron en cuestión de más o menos un mes y medio. Después me citó Migración para darme la tarjeta de residente permanente. Ahora yo visito la ciudad de Tapachula y me doy cuenta de que hay gente que lleva cinco o seis meses allá y no le resuelven. En el tiempo en que me dieron refugio, la COMAR [Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados] no era una institución que estuviera tan saturada.

Yo perdí toda mi documentación de la escuela y de todo, cuando saquearon mi casa. Porque a los dos días que me fui, llegaron los pandilleros, vandalizaron la casa y la convirtieron en una casa destroyer. Mi mamá se había mudado, porque yo tenía miedo y le pedí que se fuera. Ella se juntó con un señor, un campesino de esos que no le tienen miedo ni al mismo diablo. Me contaron que él llegó con un machete, dispuesto a cortarle la cabeza a quien encontrara en la casa. El señor se encargó de pintar y recuperar un poquito la casa, pero nadie de mi familia tiene el valor de irse a vivir ahí. Lo único que logré recuperar fue una reposición del título de bachillerato. Pero para la revalidación del título me pedían documentación que ya no tengo. Lo más sencillo era volver a estudiar desde la primaria. Me gradué en seis meses de la primaria y en otros seis meses de la secundaria. Yo tenía la esperanza de que el ACNUR [Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados] me ayudara para sacar la preparatoria, pero ya me dijeron que no podían acompañarme en eso. A esa altura de mi vida, no me interesa estudiar una carrera que me lucre. Tal vez si yo estuviera en una carrera de psicología o de rehabilitación física, le podría servir a alguien. Quisiera dedicarme a ayudar a la gente que ha pasado cosas como las

que yo he pasado, porque para mí son cosas muy traumáticas.

Ha llegado un momento en el que me conformo con el hecho de tener que comer, donde vivir y donde caminar tranquilamente. Después de tener una pistola en la cabeza amenazándome, veo la vida con un valor muy bajo. Pienso que, de un momento a otro, cualquiera me puede ir a rebatar los momentos de vida que me quedan. Ya han pasado cinco años que estoy aquí en México y hasta el día de hoy, no dejo de tener miedo. Hasta el día de hoy, se me eriza la piel cuando se acerca un migrante a la ventana del carro a pedirme dinero. Hasta el día de hoy, me da miedo cuando tengo que hacer un alto y veo pasar el tren con grafitis en sus vagones o veo pasar el tren con migrantes colgados ahí. Pienso que son mareros los que vienen. He llegado a tener noches de pesadillas. Yo siento que cualquier cosa es amenaza. Si de repente veo a alguien en la esquina, que quizás esté esperando a alguien, pienso que es un pandillero. En El Salvador les decimos “posteadores.” O sea, pienso que esta persona está posteando ahí, que me está vigilando, que me está controlando. No sé, uno no deja de vivir con ese sentimiento, con ese temor. Ver a una persona tatuada hasta el cabello, uno no deja de parársele los pelos y pensar cosas muy negativas. Porque en El Salvador, si alguien está todo tatuado, no es porque le gusta el arte de la tinta.

Ya no pretendo regresar a mi país. Al contrario, prefiero traer a mi mamá y tenerla junto aquí conmigo, cosa que para mí ha sido bien difícil. Tres veces lo he intentado y me han negado la petición. Me gustaría ver un El Salvador cicatrizando sus heridas de la violencia que vive, un país en el que se pueda caminar tranquilamente por las calles, sin respirar tanta tensión. Un país en el que uno se pueda sentir protegido por la policía y no percibir que la misma policía les tenga miedo a los pandilleros. Un país en el que el ejército no esté cuidando las escuelas, porque eso crea terror en la gente. Yo siento que los militares son para defender la nación en una guerra. El Salvador está en una guerra silenciosa. Pero siento que violencia genera más violencia. Pienso que los gobiernos deberían de sentarse a planear políticas más certeras para tratar de reducir la violencia, no políticas fallidas de mano dura. Me gustaría que los alcaldes, los diputados, los Presidentes de la República, todos los gobernantes empezaran por cambiar su manera de pensar, que todos trabajaran pensando en la paz del país.

Si yo pudiera visualizar un cambio en México, iría enfatizado en la accesibilidad a los servicios públicos. No me parece que la educación sea muy accesible aquí, ni que la salud sea un servicio de calidad. Si no contamos con un seguro social, tenemos que pagar por el servicio de salud, aun siendo público. Si yo pudiera pedir un cambio en México, sería una política que vaya encaminada a la igualdad de nacionalidad, por decirlo así. He visto que hay mucha gente que viene con toda la intención de salir adelante en este país. Pero hay lugares, sobre todo en el sur de la frontera, donde nadie le da trabajo a un migrante,

aunque tenga toda la documentación requerida. Y si le dan trabajo, le pagan muy poco y no le dan prestaciones. Durante los tres años que yo viví en Tapachula, llegué a tener trabajos donde mis compañeros mexicanos ganaban 600 pesos a la semana. Pero yo que era centroamericano, ganaba 300 pesos a la semana y mi trabajo era el mismo o hasta más pesado que el de los mexicanos. Nunca recibí una prestación ni seguro social ni nada que se le parezca. Los mexicanos se quejan cuando los estadounidenses tratan mal a los migrantes allá, pero los mexicanos aquí nos tratan peor. Las empresas piensan que está mal contratar a centroamericanos. Entonces creo que México debería de unir esfuerzos para concientizar a la población sobre los derechos de los migrantes.



Delmi | 54 años

Cuando yo estaba pequeñita, tenía un primo que estaba en un plan de padrinos. Una persona americana le mandaba dinero a mi abuela para que pagara por la comida, los zapatos y los estudios de él. Éramos once y como la ayuda era suficiente, todos comíamos. Poco a poco, todos estudiaron, porque teníamos a la abuelita que nos presionaba. La única que no estudió fui yo. Me llevaron tres veces a matricularme e iba los primeros días. Pero como sólo me crié con mi abuela, cada vez que me querían quitar algún color o algo, yo salía dándome duro con alguien. Yo no sé por qué era así, pero era una persona que quería arreglar todo con golpes. Entonces no pude estar en la escuela, no aprendí. Me gustaba mejor que me mandaran a vender. Me crié en el mercado en el centro de San Salvador, porque toda mi familia estaba trabajando ahí.



El Salvador es bonito, hay gente muy luchadora. Pero el país es pequeño y está lleno de personas malas que nos están haciendo daño a todos. Vivimos prisioneros en nuestro propio país, porque la violencia no nos deja ser libres. Los pandilleros quieren que los jóvenes pertenezcan a sus estructuras criminales por fuerza, y que las hembras convivan con ellos. Si usted tiene un negocio, las pandillas le exigen dinero y con esas cuotas se hacen más fuertes. Con ese dinero compran armas y compran a las autoridades, aunque no todas son corruptas. El comercio ya no funciona, porque la gente tiene miedo de ir a comprar al mercado. Se vive una vida aislada. Si usted quiere ir a visitar a familiares o amigos en otra colonia, primero tiene que saber a qué estructura

criminal pertenece el lugar. Porque si la pandilla de esa zona no es la que domina en el barrio de usted, su vida corre peligro. Si usted quiere levantar un muro en su casa o hacer un trabajo de fontanería, usted no puede contratar a alguien de afuera de la colonia, porque si llega de una colonia de una pandilla contraria, lo matan. Y cuando alguien pone una denuncia, es soplón y tiene que huir.

Yo era comerciante en pequeño, vendía ropa interior y sandalias para bañarse. Vivía con mi hijo en uno de los municipios aledaños a la capital, en una zona controlada por una facción de la pandilla Dieciocho. A todas las personas que entraban o salían de la colonia les pedían dinero. Si llegaba un taxista a dejar a una gente, tenía que darles dos dólares para que lo dejaran salir. Entonces los taxis entraban sólo hasta donde no tenían que pagar. Cuando yo venía del mercado, agarraba el último bus, luego caminaba como veinte cuadras. Yo llegaba a mi casa entre las 10:30 y las 11:00 de la noche. Siempre veía a los pandilleros en la oscuridad, en las esquinas, porque a esta hora ya no está la policía. Ahí tomaban, fumaban marihuana. Cuando uno va entrando, dicen, “Shht, maitra, ¿nos va a colaborar?” Quieren que uno les dé un dólar y se los tiene que dar, uno no puede decir que no. Una vez me pidieron cinco dólares. Les dije que no, porque no había vendido ese día. Sólo llevaba una bolsa con lo que le iba a dar a mi hijo para su transporte y su comida. Uno de ellos empezó a jalnearme la bolsa, el otro me tiró una patada. No me dejé quitármela y me fui corriendo. Pero es peligroso. Si andan endrogados, si andan perdidos de su mente, en ese momento le pueden hacer algo a uno.

“Querían que mi hijo anduviera con ellos. Al inicio él se lo tomaba en broma, para llevarse en paz con ellos. Pero ellos no piden, ordenan.”

Para las pandillas no hay edad. A cualquiera que vive en la colonia, lo pueden usar. A mí me preguntaban si había visto una patrulla afuera. Al inicio cuando me preguntaban, yo les decía, “No sé.” Me enojaba que me preguntaran, porque quizás querían hacerle daño a alguien. Después cuando me preguntaban, les decía, “No me fijé bien.” Porque si uno les colabora, se convierte en cómplice de la maldad. ¿Uno cómo se queja si uno mismo arroja la maldad? Por eso a mi hijo siempre lo he aconsejado, porque si los hijos no se aconsejan, fácilmente caen en las redes de las pandillas. Yo no quería ver a mi hijo en una cárcel, o enterrado por un pandillero, o en una silla de ruedas por ser alcahueta yo. Por eso yo era dura con mi hijo. Yo soy madre soltera, pero cuando había que castigarlo, yo lo castigaba. Lo golpeaba cuando era necesario, para que él entendiera y no se pervirtiera.

Los pandilleros primero comienzan como amigos, quieren enamorar a los jóvenes. Los invitan a jugar videojuegos, a departir con ellos, les regalan cosas. Cuando el niño menos se da cuenta, ya se hizo parte de la familia de ellos. Yo

trabajaba duro, a mi hijo le compraba lo que él necesitaba, le pagué sus estudios. Pero es en los barrios pobres, donde no hay ayuda para las madres solteras y para los jóvenes, donde esto crece. Esa es la raíz del problema. Hay madres que no alcanzan, entonces dejan a todos los niños en la casa y el mayor es quien los cuida. Yo me llevaba a mi hembra y mi varón al mercado para que me ayudaran a cuidar la mercancía. Yo les ponía juguetes, pelotas. Pero si uno los manda a vender a otro lugar, que se vayan a rebuscar con su venta, corren peligro. O la autoridad no los deja trabajar, o los muchachos los endulzan y se los llevan. Eso pasa porque las mamás tienen un montón de hijos y no tienen para criarlos. ¿Qué van a hacer estos niños? A los ocho, nueve años ya mueven armas, ya andan participando en la maldad, porque las pandillas les dan un plato de comida, les regalan un par de zapatos. Las pandillas han tomado el mercado en el centro de San Salvador, porque ahí se lucran. Andan niños desde los ocho años que cuentan lo que oyen y lo que ven. Según lo que una persona vende, así le cobran la extorsión.

A mi hijo no se le acercaron cuando él estaba más pequeño, sino cuando ya estaba más grande. Lo que sucedió es que la policía arrestó a muchos de ellos. Entonces como ya no tenían mucha gente que les cuidara el barrio, querían reclutar a todos los jóvenes que miraban ahí. Mi hijo tenía 26 años cuando empezaron los problemas. Él estaba trabajando en un súper, pero le daban tiempo para que estudiara en la universidad. Los domingos mi hijo salía a una cancha de fútbol a jugar. Dos de los pandilleros eran compañeros de mi hijo en la escuela. Por medio de la amistad con ellos, siempre le decían que les regalara tres dólares, cinco dólares, y él se los daba para que no hubiera represalias. Para no estar pagando cada vez que él se venía caminando, mi hijo empezó a tomar un mototaxi que lo dejaba en otra parte de la colonia. Ahí entraba rápido al pasaje. Cuando los pandilleros vieron eso, empezaron a llegar los domingos a la cancha donde él jugaba y querían que les prestara 25 dólares. Después querían que mi hijo anduviera con ellos. Al inicio él se lo tomaba en broma, para llevarse en paz con ellos. Pero ellos no piden, ordenan.

Un día llegaron a la casa y descaradamente dijeron que mi hijo tenía que pertenecer a su grupo. Mi hijo se negó y ellos dijeron, “Ya sabes lo que te toca.” Y uno sabe que le pueden golpear o matar. Cuando volvieron, yo andaba en un acto religioso, no estaba en la casa en ese momento. Como si fueran bestias, se metieron por el techo a nuestra casa. Salieron al patio donde tenía su casita nuestro perro y lo mataron a balazos. Mi hijo tuvo que salir corriendo. Nos quedamos con la ropa que teníamos puestos y nunca más volvimos a la casa. Los pandilleros se quedaron con ella, ahí viven familiares de ellos. Unos sobrinos en San Salvador nos dieron donde dormir. Yo casi no fui a vender en el mercado, porque tenía miedo de que llegaran a buscarme. Después, cuando no vi las cosas tan peligrosas, volví a vender. La gente que no ha vivido ahí, y no ha vivido una situación de esas, no entiende lo que es. Son jóvenes, pero andan con armas grandes. Ellos no llegan a hablarle a usted, ellos llegan y disparan.

Mi hijo puso la denuncia con la policía, pero no sirve de nada. Después ya se vino a México. No me fui con él en ese momento, porque no quería dejar a mis nietos. Fui a la Fiscalía a traer los papeles de la denuncia, para que mi hijo pudiera dárselos a la COMAR [Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados]. Como a la semana, me cayó una llamada. Me daba miedo contestar, porque no conocía el número de teléfono. El hombre se identificó como policía, pero yo no sé si era policía. Me dijo que me hablaba por la casa, que por haber denunciado lo sucedido, me había metido en un problema. Yo lo tomé como una intimidación, tuve temor. Al final decidí también venirme de El Salvador, porque los pandilleros ya llegaron cerca de donde yo vendía. Yo andaba con libertad en el mercado, porque era zona de la MS. Pensé que la pandilla contraria no iba a llegar hasta ahí. Pero las pandillas van avanzando, conquistan colonias de grupos rivales. Uno de ellos me reconoció, me dijo que yo era una vieja soplona y sacó un arma. Yo me corrí para otro lado. Ya no podía vender en la calle, no me podía meter en otro mercado. Quisiera que en mi país una denuncia valga, que la información que uno da no llegue a la boca de los pandilleros.

Dios me trajo con bien a México. Desde la frontera sur para acá, en todo el trayecto, hay mucho peligro. Las personas pueden ser secuestradas, golpeadas, ultrajadas, violadas. Ahí está el verdadero problema para los migrantes. En El Salvador no es bien visto si uno anda tatuado. Allá casi sólo la gente que es delincuente anda tatuada. Los primeros días que venía a México, me entraba un gran miedo cuando yo miraba a la gente con tatuajes. Pero luego vi que eran dibujos artísticos. "Aquí es normal," me decía mi hijo. Me quedé en México, porque aquí está mi hijo y como persona mayor no puedo vivir sola. Yo quiero tener un lugar para vivir, ganar mi sustento, poder pagar por medicamentos si algún día los necesito. Quiero hacer aseo o ayudar a ancianos, pero todavía no tengo trabajo. Cuando mi hijo vino a México, él estaba trabajando en una empresa electricista, le daban 12.000 pesos al mes. Pero me dice que aquí el trabajo es mal pagado y que hay patrones que no pagan. Por andarme acompañando a la COMAR, él ha dejado de trabajar en algo fijo. Con mi hijo vamos a los semáforos a vender botanas y agua cristal. De eso sale para la comida, pero cuando llueve no se gana ni un cinco.

María | 40 años

Por una equivocación de persona, un día de marzo la policía me detuvo y me llevó a la delegación. Ahí un policía me dijo que me quitara la camisa, que me quitara el brasier, que me quitara el pantalón, que me quitara la ropa interior para un supuesto chequeo médico que me iban a hacer. Pero el policía intentó violarme. Él quedó detenido y la audiencia de ese policía iba a ser un jueves, en el mes de julio.

Yo nunca tuve problemas con gente así, de clase de pandilleros. Tenía 28 años de vivir en ese mismo lugar y nunca me había pasado nada. Como una semana antes de la audiencia, ya andaba un carro siguiéndome. El lunes antes de la audiencia, cuando yo venía del mercado, unos pandilleros me privaron de la libertad como a las 9:00 de la mañana. A dos cuadras de la delegación policial me llevaron para matarme, porque no querían que asistiera a la audiencia. Gente conocida le avisó a la policía, y como a la media hora fui rescatada. Los agarraron en el hecho, yo estaba toda llena de sangre.

“A dos cuadras de la delegación policial me llevaron para matarme, porque no querían que asistiera a la audiencia.”

Quedaron seis pandilleros detenidos. La policía me trasladó a la unidad de salud, de la unidad de salud para el hospital, del hospital para Medicina Legal, irreconocible, casi inconsciente. Yo quedé fregada de un dedo, tengo la nariz quebrada por dentro, estoy fracturada de la rodilla. También tengo golpes internos, tengo fracturada la costilla izquierda. Del hospital fuimos de regreso a nuestra casa. Ese mismo día llegaron familiares de los pandilleros detenidos y pedían verme a mí, pero mi esposo salió y les dijo que yo no quería hablar con ellos ni con nadie. Yo no veía a la gente, porque estaba bien irreconocible.

Nos ofrecieron mucho dinero para que yo no hablara, para que no estuviera presente en la audiencia. Teníamos que salir los dos, mi esposo y yo. Sólo sacamos unas dos mudadas de nuestra casa y arrancamos camino, dejamos todo perdido. De ahí nos recogió la Procuraduría para la Defensa de los Derechos de la Mujer, para llevarnos a un albergue. Allá estuvimos casi dos meses resguardados. Pero la directora del albergue tenía miedo de tenernos ahí, porque quienes nos querían hacer daño decían que, donde sea, nos iban a encontrar. Yo quisiera irme lejos, muy lejos del sur de México, porque aquí ya nos encontramos con gente conocida. Acá había una mujer, de la misma zona de donde nosotros venimos, que se relacionaba con pandillas. Es fácil que lo localicen a uno. Acuérdesese que para estas pandillas no hay muros que las detengan.

Quisiera que en El Salvador no hubiera mucha delincuencia y mucho maltrato hacia nosotras las mujeres. Allá el mismo esposo mata a la esposa por celos, por cualquier cosa. Quisiera que terminara esa violencia, que las pandillas no maltrataran a la gente pobre, trabajadora. Porque las pandillas maltratan a los que estamos luchando por los sagrados alimentos, por comer todos los días. Los pandilleros vienen a destruirnos. Nos matan porque tenemos, y nos matan porque no tenemos. O sea, de ningún modo está bien uno en El Salvador.

Trabajo tampoco hay allá. Al menos para nosotras las mujeres hay trabajo, pero nos explotan. Pagan cinco dólares al día. El trabajo es bien matado y con cinco dólares no se compra nada. Solo éramos dos en la casa, mi esposo y yo, porque tenemos dos años de estar casados. Pagábamos 30 dólares de alquiler, con luz y agua salía en 50 dólares. Sólo mi esposo trabajaba, como jornalero. Yo era ama de casa, pero como yo tenía criancita de gallinas, entonces en comida casi no comprábamos. Sólo el maíz y yo echaba tortillas. Tenía suficientes gallinas, comíamos gallinas, huevos, comprábamos frijolitos. Por eso no había mucho gasto, porque con dos personas teniendo lo necesario, no hay mucho gasto. Pero las familias que son grandes, ¿a qué se tiran los hijos? A robar, porque no tienen trabajo o porque no les quieren dar trabajo. Lo que quisiera ver diferente aquí en México, es que las autoridades no trataran mal a los migrantes, porque somos seres humanos que tenemos derechos.



Reina | 55 años

En El Salvador sufrimos una época de guerra. Mi padre era militar y en mi niñez fui muy cuidada. Tenía que andar con una persona a la par, porque era muy peligroso. Se secuestraba a los jovencitos, se los llevaban bien para la guerrilla o bien para las Fuerzas Armadas. Fue una guerra espantosa que duró 12 años. Nos volaron todos los puentes que conectaban el occidente con el oriente del país. A como pudo, mi padre me dio estudios. En aquel entonces, no había muchas carreras que escoger. La primera que escogí fue derecho. En el año que yo estaba estudiando mi primer ciclo, los guerrilleros atacaron la universidad. Afortunadamente, logré salvarme, pero mi padre me sacó de la universidad para ese entonces. Por la violencia nos salimos del oriente y nos fuimos a vivir en la capital, San Salvador. Cuando las cosas se calmaron, volví a estudiar y cambié la carrera de abogacía por la psicología. Luego se firmaron los Acuerdos de Paz, terminó la guerra y empezó la reconstrucción de las ciudades. Saliendo de la universidad me casé y me dediqué a criar a mis hijos. Por un tiempo no trabajé, pero luego estuve trabajando como maestra por más de 15 años. He amado mucho mi profesión.

“Empezaron a haber mareros que se me empezaron a alebrestarse, a sublevarse. Cuando yo entregaba los exámenes, había muchachos y muchachas que comenzaron a amenazarme, porque querían que yo les pasara las materias en limpio, sin estudiar.”

Termina la guerra, pero de repente nos damos cuenta del fenómeno de las pandillas. En el fondo he pensado que las ha habido siempre, pero que no se daban a conocer. Comenzamos a saber de cosas en las escuelas, inclusive en las primarias. Yo no lo miraba como crimen, sí como un fenómeno antisocial, pero de degradación familiar. Por la guerra, mucha gente fue a migrar a Estados Unidos, muchos padres de familia murieron, los niños quedaron abandonados. Incluso me metí en las comunidades como educadora social voluntaria para poder ayudar al restablecimiento de la juventud que nos quedaba. Siempre he sido partidaria del comunitarismo, jamás de algún partido político. Todos los gobiernos anteriores, tanto de ARENA [Alianza Republicana Nacionalista] como del Frente, están conectados con las pandillas. De eso hay pruebas fehacientes por donde usted las quiera encontrar. Por eso la gente votó para Nayib Bukele, porque no tiene nada que ver ni con un partido ni con otro. Logramos sacar a estos partidos de la Presidencia, pero quedaron secuelas y eso es lo que estamos viviendo en El Salvador ahorita, las secuelas de 20 años de mala praxis gubernamental.

No me gusta la política, me dediqué nada más a mi carrera. Yo daba clases a secundaria y bachillerato, trabajé con chicos de la edad de los 12, 13 años a los 18, 19 años. La clase de orientación para la vida se da en todos los centros escolares por mandato del gobierno. Nos daban los temarios, pero yo ponía también mis temas. Porque tú tienes a los alumnos ahí, quien conoce las debilidades y las fortalezas de tus alumnos eres tú. Yo abrí WhatsApp, abrí de todo, para que mis alumnos se comunicaran conmigo. Pero lo que no sabía es que entre ellos había jóvenes de 15 años para arriba que trataban de hacer el bachillerato por mandato de sus padres. Los padres pagaban tremendas sumas de dinero a los directores para que los chicos estudiaran, tatuados o no tatuados. Ahora los pandilleros ya no se tatúan, pero cuando comenzó el fenómeno de las pandillas en El Salvador, ellos se daban a conocer por sus tatuajes y sus señas. Yo siempre les decía a ellos por qué se tatuaban, por qué tenían piercings, por qué ya eran padres a los 13 años. Me decían, “Ay, vieja, ¿qué te pasa?” Yo nunca me les quedaba callada. Yo siempre insistía en la moral, en lo social, en la preparación, insistía en todo.

La gente no sabe lo que está pasando en El Salvador, pero nosotros los educadores, los maestros, sí sabemos lo que está pasando, porque somos los que estamos ahí y los chicos nos cuentan cosas. He tenido alumnos que eran hijos de magistrados y eran mareros. Yo tuve un alumno cuyo padre era abogado. Él me quiso sobornar por la mala conducta del joven. Le dije que yo no aceptaba sobornos, que fuera a la dirección y que se arreglara con ellos. Pero que yo no iba a levantar la falta que le había puesto al joven, porque el joven había golpeado duramente a otro y estando frente a mí en clase. Empecé a caer mal por eso con los directores de los colegios. Me decían, “No se meta en esas cosas, ¿qué le importa?” Yo les decía, “Soy educadora, usted no me puede impedir que yo trate de corregir. Para eso somos maestros. Usted no es quien va a cargar con esta generación. Son mis hijos y mis nietos los que van a cargar con tanta maldad y tanta porquería. ¿Qué le pasa?” Soy educadora social y creo que no se me va a quitar ni ahora ni nunca. Yo siempre voy a estar en pos de que los chicos se preparen, se eduquen, que dejen los vicios, que dejen las porquerías y que vivan en un ambiente en donde no sean carga para la sociedad ni para los gobiernos. Porque el gobierno no está obligado a mantener vagos y yo toda la vida se los dije a ellos. Yo siempre he sido una mujer de carácter dominante, pero muy sabia, muy carismática. Si tú eres marera, si yo te puedo aconsejar y tú me escuchas, yo agarro tu caso y te ayudo. Si tú eres marera y yo te aconsejo y tú me haces de lado, yo te dejo seguir tu camino.

En los últimos meses de mis clases, empezaron a haber mareros que se me empezaron a alebrestarse, a sublevarse. Cuando yo entregaba los exámenes, había muchachos y muchachas que comenzaron a amenazarme, porque querían que yo les pasara las materias en limpio, sin estudiar. Algunos de los padres inclusive trataban de sobornarme, pero yo nunca acepté los sobornos. Cuando estos jovencitos comenzaron a tirarme las papeletas, agarré las

papeletas y se las llevé al director. Él se tiró la carcajada y me dijo, “A usted que no le importe teacher. Pase a esos hijos de la gran puta.” Hasta lloré ese día de cólera. “¿Cómo es posible que esté hablando así? ¿No se da cuenta que mi vida corre peligro?” Y el director me dijo, “Su vida corre peligro si usted no hace lo que ellos quieren.” Entonces agarré las hojas y les dibujé el cero en toditita la página y después puse “+2”. En El Salvador tú no le puedes poner cero a nadie, la nota mínima es dos. Es decir, les puse el cero y “+2” para que legalmente no me fueran a hostigar. En realidad, yo lo hice por sarcasmo. Cuando les entregué las notas, les dije, “Esto es lo que se han ganado, si quieren mejorar esta nota, me van a leer el libro tal, de tal página a tal página. Cuando me contesten mi siguiente cuestionario, les mejoro la nota. Esa es mi última palabra y si me van a matar, de una vez denle.”



Ese día no me dijeron nada, me mandaron a uno a que me matase. El chico vino y me dijo, “Teacher, váyase, yo no puedo hacerle daño a alguien que ha hecho tanto por mí. No se la lleve de valentona, yo sé de qué estoy hablando. Ellos saben dónde vive, están dos fulanos vigiando su casa. Tiene que salir de ahí o la van a matar, ya hay órdenes. Es más, ya controlaron a sus hijos.” Cuando yo llegué a mi casa, era cierto, porque esos dos jóvenes que estaban ahí, yo nunca los había visto en la colonia. Yo nunca les tuve miedo y esa fue una de las razones que me hizo ponerme en riesgo mi vida. Si yo salí del país, es porque mis

hijos corrían peligro. Ahí me desarmaban. Esa fue la razón por la que renuncié al magisterio. ¡Esto es una vil porquería! ¡El Salvador es una porquería, es una basura! Usted no puede ejercer como maestro, porque todos están vendidos. En El Salvador si algunos maestros están trabajando ahorita, es por necesidad. Pero ellos saben que tienen la vida vendida, por los mareros.

Yo me sentí muy mal por haber dejado el colegio, pero ¿qué podía hacer? ¡No podía hacer nada! De hecho, el director del colegio me culpó a mí de que yo fuese perseguida. Me decía que yo era muy intransigente con los jóvenes, que no me debía importar lo que ellos hicieran o no hicieran, que viera el gobierno cómo hacía. No fui con la policía a denunciar las amenazas, porque están conectados. ¡Ni loca iría yo a denunciar, si esos hipócritas están conectados con las pandillas! Rápido van y les dicen, “Mira, la fulana de tal te vino a poner el dedo.” También les dije a mis hijos, “¡Ni se les vaya a ocurrir hablar, porque los van a matar!”

Cerré todas las redes sociales, salí de donde estaba, saqué a mis hijos de ahí y saqué a mi padre, lo tuve que ir a dejar a un ancianato. A diario yo le mando a mi papá videos de Pedro Infante, de Julio Jaramillo y un montón de artistas antiguos que a él le encantan, para que no sienta que yo lo he abandonado. ¿Cómo es posible que la vida de un ser humano cambie de la noche a la mañana? ¡Caramba, de verdad estoy furiosa con El Salvador, furiosa! Yo no quiero volver, de verdad no quiero volver. ¡No quiero volver a El Salvador! ¡Estoy furiosa con El Salvador, porque permiten que esto pase! Yo viví toda la guerra. Yo sé lo que eso significa, entonces, ¿Cómo es posible que no podamos vivir en paz? ¿Cómo es posible que tú no te puedas desarrollar? ¿Cómo es posible que tú no puedas llegar a vieja y ver a tus nietos y tus bisnietos? ¡Es inaudito lo que está pasando en El Salvador!

Primero yo había pensado en irme a Costa Rica, conozco el país. Si vas tú y pides refugio, te lo pueden dar. Pero en Costa Rica no hay trabajo, no hay forma que tú te puedas desarrollar económicamente. Guatemala y Honduras igual están conectados, entonces yo dije, “¿Qué hago? ¿Para dónde agarro?” Estaba buscando desesperadamente qué hacer, adónde irme. En el momento que yo investigué que México estaba dando refugio a personas por amenazas, de inmediatamente me fui, no lo pensé dos veces.

Nosotros tenemos puesta la fe en el presidente Bukele. Ahorita él está recibiendo ayuda de los Estados Unidos para poder liberar, con un contingente armado, las zonas que están siendo manejadas por los mareros. Porque en El Salvador no hay libertad de movimiento. Hay zonas en las que te piden tu DUI [Documento Único de Identidad] y si eres de la zona contraria, te matan. Yo nunca voy a estar de acuerdo con que un joven agarre un arma y vaya contra la sociedad, por algo que le hicieron cuando tenía 10 años. La sociedad no tiene la culpa de lo que tus padres permitieron que a ti te pasara. Muchas veces son los padres los que realmente tienen la culpa de que los jóvenes salgan tan mal. Yo

como educadora social, pediría que a los padres se les dijera que tienen que ser más responsables con sus hijos, dedicarles más tiempo. A los chicos hay que darles una buena terapia para que se reinserten a la sociedad y sean productivos. El Salvador todavía hay forma de curarlo, si agarra conciencia y educa a los padres, y nosotros como educadores educamos a los jóvenes. De repente, con un buen dinero y con buenas enseñanzas, nuestros jóvenes pueden cambiar y en el futuro la sociedad salvadoreña puede mejorar. Esa es la esperanza.

Rosa | 25 años

El Salvador es un país muy bonito, con sus playas, lugares turísticos. Pero hay poco empleo, mucha corrupción y mucha delincuencia. No te puedes meter a una colonia controlada por pandillas, porque checan tu identificación. Si ven que tú no eres de ahí, puede que ya no salgas de la colonia. Nosotros vivíamos en un municipio con fuerte presencia de pandillas. Uno sale con temor todos los días, siempre encomendado a Dios y esperando que no le vaya a pasar nada. Pero siempre pasaban cosas, incluso había gente inocente que se moría por una bala perdida. El mismo temor hace que la gente salga del país, porque en todo El Salvador hay plaga de pandilleros. Desde que entras en una colonia, sabes de qué pandilla es, por el grafiti, por los tatuajes que tienen, por los grupitos que se encuentran en las noches. Cuando pasa algo, lo primero que hace la policía es pitar de lejos para ahuyentarlos, para dejar que se escapen.

Mi esposo era agricultor y ganadero, compraba y vendía reses. Como teníamos dos niños, a mí se me dificultaba trabajar. Me quedé en la casa, pero tenía una pupusería y un pequeño negocio donde vendía frutas y verduras. Pero las pandillas ven que te vas levantando y quieren de tu ganancia, entonces es difícil progresar. Si no les pagas, te quitan la vida. Durante cinco años, mi esposo les estaba pagando extorsión, 50 dólares la quincena. Él decía que había que pagarles para que no nos hicieran nada.

“Empezó a decirme que estaba enamorado de mí, que quería estar conmigo, que se iba a hacer cargo del negocio de mi esposo. Yo le dije que no se podía, que yo lo estimaba, pero sólo como cuñado. Ahí empezó a decirme que, si no estuviera con él, me iba a matar, que no podía estar con nadie más.”

Hace dos años mi esposo falleció en un accidente. Yo me quedé con el ganado, pero no es igual para una mujer. Pensé en quedarme sólo con mi negocio, tenía bastantes clientes. Los pandilleros me querían extorsionar, me decían que, si no les pagaba, me iban a dar donde más me dolía. Pero yo no iba a acceder a eso. Además, yo había estado diez años con mi esposo y no fue fácil que ya no estuviera. Los primeros tres meses no me sentía bien. Me entró una depresión, tenía insomnio, intenté quitarme la vida. Amanecí en el hospital, de pura misericordia estoy viva. Mi mamá me llevó al psicólogo, después empecé a levantarme. Al principio llegaron mi suegra y mis cuñados a consolarme, a apoyarme. Uno de ellos era miembro de la pandilla Dieciocho. Él llegaba con la cena, me preguntaba si algo me faltaba.

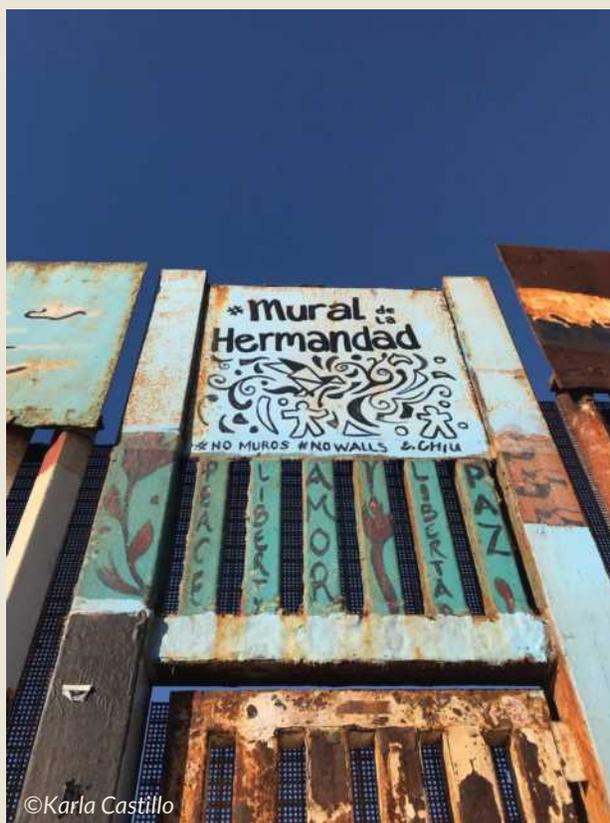
Pero después empezó a decirme que estaba enamorado de mí, que quería estar conmigo, que se iba a hacer cargo del negocio de mi esposo. Yo le dije que no se

podía, que yo lo estimaba, pero sólo como cuñado. Ahí empezó a decirme que, si no estuviera con él, me iba a matar, que no podía estar con nadie más. Con ese problema que se me vino, yo ya no me acercaba a nadie, ya no hablaba con nadie, no pude ni estar en mi casa, porque él sabía dónde yo vivía. Decidí vender las reses y cerrar la tienda. La casa se quedó ahí y me vine a escondidas con mis dos niños. No me llevé nada. A las seis de la madrugada salimos y agarramos autobuses para Tapachula. Estuvimos tres días en el camino, porque no conocíamos Guatemala. En Tecún Umán cruzamos en balsa y dormimos en la calle para amanecer cuando abriera la COMAR [Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados], porque sólo recibían como a doce personas cada día.

Estuve ocho meses en Tapachula para arreglar mis papeles. El proceso era tardado, más porque entraron las caravanas. Estuve haciendo pupusas para vender con café, porque en Tapachula lo que te pagan por el trabajo es muy poco, no más de 100 pesos al día, y es bien matado. Además, se me hacía difícil, porque no hallaba con quien dejar a los niños, no confío mucho en otras personas. Porque a mí me pasó un accidente con un salvadoreño. Después de la muerte de mi esposo, yo estaba sola. A ese otro hombre lo conocí en Tapachula. Sí era mi pareja, pero él abusó de mí y quedé embarazada. No es fácil, porque no estaba dentro de mis planes, yo sólo quería estar con mis dos hijos. Primero pensé que no quería tener al niño, pero me ha ayudado mucho hablar con una psicóloga. El niño no tiene la culpa, entonces acepté tenerlo.

En México ya me dieron el reconocimiento como refugiada, pero no quiero estar aquí. Confío en Dios que algún día voy a llegar a Estados Unidos. En El Salvador ganamos en dólares y no te acostumbras al peso mexicano. También siento que México es igual de peligroso que mi país. En El Salvador hay pandillas, aquí hay cárteles. Piensas en tus hijos, que te los pueden quitar secuestradores. Me asusta sólo oír tantas cosas. Quiero entregarme a Migración de Estados Unidos, a ver qué dice Dios. Si me deportan, ni modo, tengo que regresarme a México, porque acá tengo mis papeles de refugiada. Pero no voy a regresar a El Salvador, porque los problemas te siguen a todas partes. No quiero volver a vivir lo mismo.

En El Salvador debe haber más trabajo, más seguridad, menos corrupción. Todos los Presidentes hablan de cambios, pero se quedan atrás. Algunos han negociado con las pandillas para que no haya tantas muertes en la calle, pero no se puede negociar con las pandillas. Con el presidente Mauricio Funes, los pandilleros tenían que entregar sus armas. Pero no puedes tapar el sol con un dedo. Un pandillero no va a decir, "Ya no voy a cometer delitos. ¡Toma mis armas!" ¿De qué van a vivir si no trabajan? Ellos viven del pueblo, extorsionan, roban, matan a diario, porque si no les das lo que quieren, te matan. ¿Dónde consiguen tantas armas, tantos chalecos, tantas bombas si sólo los policías y los militares pueden obtener eso? Hay corrupción, por eso los pandilleros tienen todo tipo de armas.



El nuevo gobierno, del presidente Nayib Bukele, ha empezado bien. Ahora en las cárceles ya no permiten celulares, los pandilleros están desconectados de todo el mundo, hasta de sus familiares. Yo pienso que está bien, porque los de adentro hacen mucho daño a los de afuera. Está bien que hagan una limpieza, porque la mayoría de las personas que salen de El Salvador vienen por amenazas. Dudo que a los pandilleros les puedan dar trabajo, porque en las empresas no aceptan a personas que tengan tatuajes o antecedentes penales. A los pandilleros hay que ponerles mano dura. Me han gustado muchas cosas que Nayib Bukele ha estado haciendo. Uno no pierde las esperanzas que él haga algo por el país. A ver qué pasa. Hay que confiar en Dios.

A veces hay gente que viene a molestar. Pero pienso que Estados Unidos debería de compadecerse con la gente que quiera trabajar, gente que vive del campo y no pueda progresar. Gente que tenga alguna meta, como comprarle una casa a su mamá. Gente que necesite dinero para la operación de algún familiar. Que les den cierto tiempo, quizás cinco años, para que hagan el dinero que necesitan. No necesariamente habría que darles asilo para que se queden a vivir en Estados Unidos. Siento que todos merecemos una oportunidad. Que vieran la historia, el sueño, la necesidad de cada persona.

Igual puedo decir que nos venimos de paso por México, sólo venimos a pasarnos al otro lado. Pero ha habido muchas injusticias. No sé, me conmuevo. Marco Tulio, un hondureño que pasó con su hija, bien bonita, güerita, su pelo rubio, estaban bien emocionados cuando se fueron de aquí con otros migrantes. Admiro mucho el valor del padre. Cuando regresaron al albergue en la noche, veo a su hija llorando. Nos enteramos de que unos policías lo habían matado a balazos. Se siente triste, porque sólo venían buscando un sueño, un sueño que todo migrante tiene.

Parte 3
Guatemala

Englebert | 23 años

La situación en Guatemala está muy mala, en términos de trabajo y de delincuencia. Sinceramente, nosotros la pobreza la podemos aguantar, pero la delincuencia no. Los pandilleros son jóvenes que crecieron con uno, pero dicen que ellos mandan y están dispuestos a todo. No le tienen miedo a la muerte ni a la cárcel. Si los agarra la policía, están con WhatsApp y Facebook en la cárcel. Entonces uno ya no puede acceder con la ley. Es mejor salir del país.

Hay niños que traen eso desde pequeño. El padre culpa con comprarle una pistola de juguete al niño. Porque cuando sea grande, el niño la va a querer de verdad. Yo soy evangélico, y cuando con los demás hermanos fuimos a predicar el evangelio en la escuela, vimos grupitos de ocho, nueve niños. Un pandillero manda a llamar a su primito de 8, 10 años y le dice que les lave la mente a los otros niños, y que está protegido por él, porque él manda. Entonces ese niño le lava la mente a ese grupito y después los mandan a asaltar. Los niños encuentran el sabor del dinero fácil. Después ya no son asaltantes, sino sicarios. A veces hay familias enteras que se vienen, porque no quieren que sus niños sean matones. Igual las chamacas. Si una niña le gusta a un pandillero, él llega a la casa y dice, "Vengo a traer a su hija, porque ella me gusta." Y el padre la tiene que entregar en buena mente, porque de lo contrario, lo matan y se llevan a la niña. Por eso hay familias enteras que salen del país, para que la hija adolescente no la use el pandillero.

"A mí me quisieron obligar a llevarle comida al jefe de la mara en la montaña donde estaba escondido. Cuando ellos se refugian en la montaña, porque el ejército los busca, ellos quieren que uno les vaya a dejar comida. No les importa que uno esté aguantando hambre."

El evangelismo lo que me ha dado es confiar y rendirme más a los pies de Dios. Me ayuda a salvarme de toda esa maldad, a caminar derecho ante el Señor e ignorar todo lo que hagan y deshagan los pandilleros. Yo había estudiado la secundaria y trabajaba como cocinero. Las maras quieren que uno les dé, porque ellos quieren beber cerveza y fumar marihuana. Yo no puedo trabajar y darles a ellos, pero no a mi mamá. Hoy día uno ya no puede ser nada. Aunque tenga usted un boli [café], un negocito, por muy pequeño que sea, tiene que pagar una cuota semanal a los pandilleros. Si no paga, lo matan.

A mí me quisieron obligar a llevarle comida al jefe de la mara en la montaña donde estaba escondido. Cuando ellos se refugian en la montaña, porque el ejército los busca, ellos quieren que uno les vaya a dejar comida. No les importa que uno esté aguantando hambre. Si uno no lo hace, dicen, "Ése no nos hizo el

favor, démosle.” Varias veces recibí amenazas, pero yo pensé que eran pasajeras. La última vez que me negué a cargarme una mochila con comida, me pegaron con la cachapa de una pistola. Uno de ellos me dijo, “Aquí todos tienen que hacer lo que nosotros decimos. Te damos 24 horas para que lo pienses, y si no, vamos a ir a tu casa y vamos a acabar contigo.” Vi lo serio de mi cuñado y dije, “Ya.” En esas 24 horas que me dieron, yo salí del país.

A mi cuñado, el esposo de mi hermana, lo mataron, porque no quiso meterse a las maras. El salió a la cancha, porque había cuadrangular de fútbol. Pero no llegó a la cancha. En el camino lo levantaron. Lo estábamos buscando y al otro día lo encontramos descuartizado. A él le quitaron los pies y las manos con un machete, le sacaron la lengua y los dientes. La lengua la tenía en la bolsa de su pantalón. Le pusieron un rótulo, “Miren lo que les pasa a los que denuncian con la policía. ¿Quieren seguir muriendo aquí? ¡Denúnciennos!” La policía dijo que iba a investigar, pero ahí se quedó. Yo sólo vi a mi cuñado cuando se lo llevaron, ya no fui al entierro. Salí de una vez. No pensé en irme a otra ciudad en Guatemala, porque las pandillas tienen contactos en todo el país, en El Salvador, en Honduras. Todo está arruinado. A mi mamá le pedí 100 quetzales y le dije que me venía para México. Cuando yo venía para acá, escuché de la COMAR [Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados] y empecé el trámite. Traigo evidencia de la defunción de mi cuñado y un vídeo de cómo lo dejaron. No estoy hablando mentira.



Yo venía en el tren a Coatzacoalcos, Veracruz, cuando me pasó el accidente. Hay mexicanos que asaltan, pero nuestros mismos paisanos también se suben al tren a asaltar a los migrantes. Me quitaron mi dinero, mi mochila, todo. Pero yo no me quería quedar descalzo. Cuando uno de ellos me pidió mis zapatos, le dije, "Hermano, disculpa, pero basta, carnalito. Confórmate, no me quiero quedar descalzo. ¿Dónde voy a ir a comprar zapatos?" Me dijo que me callara y me dio una patada que me tiró del tren. Médicos Sin Fronteras me levantó en las vías del tren. Hasta la fecha no me recupero. Mis piernas están bien, pero me tienen que operar la cadera derecha. Yo ya no quiero estar en silla de ruedas. Mi mamá no sabe qué pasó. Nada más le digo que estoy bien. No quiero que se preocupe.

Quiero crear una nueva vida en México. Quiero seguir estudiando y traer a mis tres hermanas y a mi madre. Pero mi proceso con la COMAR ha sido tardado. Aún estoy esperando la resolución. Guatemala debería darles cadena perpetua a los pandilleros. Ellos están bien organizados, hasta la propia policía les avisa. Los policías son los más corruptos. Sólo el ejército no se vende en Guatemala.

Ana | 51 años

Vivíamos a unos 35 kilómetros de la frontera con México. Ahí hay muchas personas migrantes, pero también es una zona muy violenta. Yo soy secretaria oficinista, pero me enamoré y me puse a vivir con el papá de mis hijos. Ya no ejercí mi profesión. Luego me separé de mi pareja. Mi hijo se quedó con el papá, mis dos hijas se quedaron conmigo. Cuando quise trabajar en una empresa, ya no pude, no me dieron la oportunidad. Entonces me metí a vender comida y a lavar ropa ajena. Nuestra situación económica era muy difícil, pero yo nunca me dormí en mis laureles. En el día me iba a los lavaderos a ver si me daban ropa para lavar. La gente me daba tres quetzales por pieza. Y si me daban 100 piezas para lavar, ya eran 300 quetzales.

“A él le gustaba llevarse a la hija pequeña. Cuando ella entró a la secundaria, se me vino para abajo. Empecé a investigar y ella me decía que su papá la tocaba.”

A las 6:00 de la mañana yo ya estaba en el mercado, comprando carne, frijoles, todo lo que iba a preparar. En la noche yo sacaba mi mesa de comida y vendía en la calle. Vivía en una zona de bares, lugares donde las trabajadoras sexuales estaban dando su servicio. Yo vendía churrasquitos, panes con pollo, longaniza de chorizo, adobado, frijoles. Vendía por orden, de diez quetzales, de cinco quetzales. Eso de vender comida es una bendición, porque se vende y se come. El trabajo era bien matado, pero con mucha comida y mucha tallada de ropa, saqué los estudios de mis hijas. No hubiera salido de Guatemala, porque no hubiera arriesgado a mis hijas. Con tanto que se oye, no. Siempre dije, “Yo no las arriesgo. Prefiero comer tortilla con frijoles, pero estoy en mi país.”

Mi hija menor, cuando tenía como nueve años, iba bajando de sus estudios, ya no tenía los mismos resultados. La niña grande, cuando ella creció, ya no quiso irse con el papá. Pero a él le gustaba llevarse a la hija pequeña. Cuando ella entró a la secundaria, se me vino para abajo. Empecé a investigar y ella me decía que su papá la tocaba. Entonces yo lo denuncié a él, fui con la PGN [Procuraduría General de la Nación] y con el Ministerio Público para defender a mi hija. Pero las autoridades guatemaltecas la delataron. Fue todo publicado en las noticias: su nombre, su dirección, sacaron una foto de la escuela donde ella estudiaba.

Empezó a darse un hostigamiento social muy feo. Yo no podía ni caminar a la esquina sin que me preguntaran qué le había pasado a mi hija. Era un acoso que me castigaba y mi hija ya no quiso ir a estudiar. En la escuela los pandilleros le decían, “Si te toca tu papá, te tocamos nosotros también.” Ella se hundió, ya no

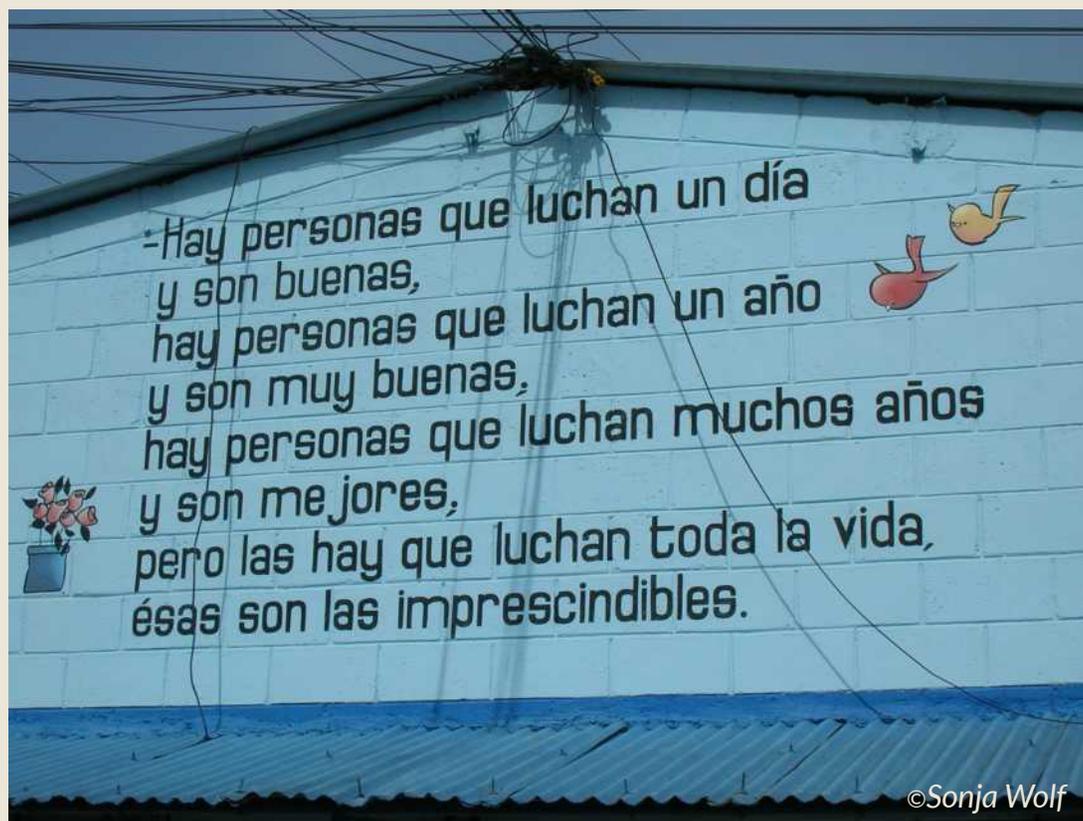
quiso salir de la casa. Fui al Ministerio Público, lo reclamé, quise retirar la denuncia, pero no se podía. Viví tres años con eso allá. “No,” dije, “esto ya no tiene solución.” El lugar más cercano era Tapachula. Me dolió mucho dejar mi país. Dejamos todo, nos vinimos con dos, tres bolsas de ropa nada más. Cruzé el río con mis hijas caminando, porque no había mucha agua.

En Tapachula estuve en la calle con ellas. Por ser madre soltera, no me querían rentar. Con mucho esfuerzo renté un cuarto. Yo ya no vendía comida, porque no tenía una estufa, no tenía ollas. Me dediqué a hacer aseos en casa, me iba por días o por horas. Me pagaban 50 pesos al día, con una hora para la comida. Lo hacía a cambio de nada. Mis hijas querían seguir estudiando. La menor sacó la secundaria, la otra trabajaba en pollerías para pagar la renta. En una plática escuché de la COMAR [Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados]. La busqué y metí todos los papeles. Como dentro del año nos dieron la residencia permanente. Mucha gente me decía, “Ya tienes tus papeles, vete a Estados Unidos. ¿Qué haces aquí?” Pero yo no puedo arriesgar la vida de mis hijas. Estuvimos casi dos años y medio en Tapachula.

En Guatemala mi hija mayor iba a ingresar a la universidad. Me dijo que quería seguir estudiando en México. Durante un año quería hacer una revalidación de sus estudios, pero le salió muy caro. Fuimos al ACNUR [Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados] y al ver su interés, le dijeron que había una oportunidad en la Ciudad de México. Hizo sus pruebas y, bendito sea Dios, ganó todo. Ella no se quiso ir sola, así que el ACNUR nos trasladó a todas. Me vine muy triste, porque en Tapachula mi hijo me iba a ver. Él está muy feliz en Guatemala, porque tiene su esposa y sus dos hijos. Por mis hijas me vine a la Ciudad de México, pero me costó un buen adaptarme.

Yo creo sólo en Dios. Dije, “Señor, ábreme una puerta donde yo pueda trabajar.” Resulta que en PCR [Programa Casa Refugiados] nos llevaron a un taller y me dijeron que mandara mi currículum a una cafetería en la Universidad Ibero. Es una cooperativa, me dieron la oportunidad de trabajar como operaria, porque en otros lugares cuesta. Estuvimos un mes en un albergue, pero yo no encontraba un lugar para vivir. En Tapachula pagábamos 1,200 pesos por un cuarto. En la Ciudad de México me desconsolé un buen, porque las rentas aquí son muy caras. Nos rentaron un departamento a diez minutos de la Ibero. Pagamos 3,300 pesos por dos cuartos y una cocina. Al inicio fue muy noble la señora, nos prestó algunos muebles, sólo compramos el gas. Estábamos felices, teniendo donde dormir, teniendo una estufa. Compramos tortillas, compramos queso, porque eso es la comida chapina. Pudimos sobrevivir así. El PRAMI [Programa de Asuntos Migratorios] de la Ibero nos donó ropa de invierno, porque veníamos muy ligeras. Sí, fue muy difícil, porque la gente ahí donde vivo, no me habla.

Ahorita estoy buscando otro lado, porque tenemos tres semanas que la señora nos bajó a la segunda planta. Estoy muy triste, porque no me dijo “Le voy a subir la renta.” Me dijo, “Voy a remodelar el departamento y se lo doy después.” Pero sólo nos bajó y se lo dio rentado a otro. La señora no me ha dado la cara para que yo le reclame. No ha llegado ni a cobrar la renta, mandó a otra persona. Donde estoy ahorita, no hay espacio para tender la ropa. Abro la ventana y ahí en la ventana tiendo toda la ropa. Estoy muy incómoda. Pero están bien caras las rentas. Salí a buscar, vi un lugar de 4,000 pesos, pero tendría que pagar dos, tres camiones. No me conviene. Otro lugar me lo querían dar por 7,000 pesos, más el depósito, casi 15,000 pesos. Estoy muy triste.



Migración nos da un documento de residencia permanente, pero las autoridades mexicanas no lo valoran. Mi hija mayor ya fue a estudiar, fue a varios establecimientos a pedir trabajo, pero siempre le dijeron que no querían personas migrantes. Mi hija menor también está trabajando en la cafetería, pero el banco no le quiere dar su tarjeta de nómina. Ella no tiene pasaporte, porque como era menor de edad, el pasaporte requería la firma del papá. Y su documento migratorio no tiene la firma de ella, porque se lo firmé yo. ¿Entonces para qué sirve el documento que da Migración? Además, su tarjeta de residente permanente vence, porque era menor de edad cuando se la dieron. Pero resulta que para remodelar eso hay que pagar casi 5,000 pesos.

Un año sufrimos, porque a mi hija mayor no la querían recibir en el IMSS [Instituto Mexicano del Seguro Social]. Nos intoxicamos por comer mariscos. La Ibero le daba IMSS a ella, porque también trabajó como un año en la cafetería. Pero no estaba dada de alta en el Seguro, porque ella se mantenía en la universidad. A las 5 de la mañana salía de la casa, trabajaba hasta las 2 de la tarde, luego se quedaba en la biblioteca haciendo tareas. Llegaba a casa a las 11 de la noche. Ella vivía en la Ibero. No tenía tiempo para darse de alta en el Seguro, ese era el problema. Llegué con mi hija intoxicada, ella iba bien grave, pero no me la quisieron recibir. Me iban a cobrar 500 pesos por una consulta.

Yo lloraba en las afueras del Seguro, no sabía qué hacer. La llevé al Hospital General de la Ciudad de México, montando camión y camión. Cuando llegamos, no hubo servicio de hospital porque era Semana Santa. Tuvimos que pagar 120 pesos por la consulta, tuvimos que pagar por los análisis. Sí nos atendieron, pero tuvimos que viajar más de tres horas para que nos atendieran. Es muy triste ver que al salir del hospital hay una funeraria y hay una clínica. Porque si tienes pisto, vas a la clínica. Si no, te vas a la funeraria, muerto. Es triste, porque la salud no es juego de nadie. Sí lo discriminan a uno, porque no eres de acá. Tal vez no somos mexicanos, pero somos hijos del mismo Dios, somos seres humanos.

Gracias a Dios México nos ha abierto las puertas. Instituciones como PCR nos apoyan, de no ser así, no podemos. Me da tristeza, porque a veces el mexicano nos mira sobre el hombro, nos mira con desprecio, con racismo. Si me sentía triste en Tapachula, que estaba cerca de mi país, aquí me empecé a sentir más triste, porque no veo a mi hijo. Pero también me siento feliz, porque mis hijas se están superando. Mi hija menor también quiere estudiar en la Ibero y si le dan esa oportunidad, me voy a sentir una madre muy afortunada. Les digo que luchen, que pongan su granito de arena, para que puedan salir adelante y seguir siendo alguien en otro país. Son cambios que uno a veces no espera, pero se dan y tenemos que afrontar, luchar y seguir adelante.

Kennedy | 20 años

En Guatemala hubo una guerra civil. Un tío mío fue asesinado después de 1983, y mi abuelo huyó a México durante algún tiempo. La guerra terminó, pero la violencia en el país nunca terminó. Muchas armas del conflicto armado quedaron ahí. Y como no hay trabajo, muchos jóvenes toman malas decisiones. Se ponen a robar o venden droga para agarrar algo de dinero. En Guatemala la violencia reina, y ataca más a los jóvenes. Hay muchos grupos delictivos formados por jóvenes. Un grupo muy conocido, el Barrio 18, amenaza para que los jóvenes se vayan con ellos y si uno se niega, lo pueden matar. Otro grupo se llama Los Quichelenses, porque son del departamento Quiché, pero andan asaltando gasolineras y todo eso en distintas partes del país.

“La mina sacaba oro, pero nosotros usábamos el río para nuestros animales. Se murieron muchas vacas, muchas ovejas, muchos caballos. Fue muy triste para nuestras familias, porque de eso depende nuestra economía.”

Yo soy de una aldea en San Miguel Ixtahuacán, un municipio en el departamento de San Marcos. Somos indígenas mayas. Con personas ladinas hablamos español, pero en mi casa se habla mam. Es el idioma que más hablo. Ahí se puede estudiar hasta sexto de primaria, también hay secundaria, pero hay que trabajar duro para poder pagar la colegiatura. Los que pueden, estudian; los que no pueden, se casan y buscan trabajar. Pero trabajo no hay mucho. Antes no había muchos servicios públicos, pero en algún momento llegó un sacerdote de Bélgica que nos dio mucha ayuda. Hoy día tenemos agua potable, pero no tenemos luz. El gobierno municipal da poco apoyo. Lo que hace es llegar y robar. Para ir a un hospital, hay que ir hasta la cabecera departamental. Uno va con la esperanza de que le vayan a curar, pero no hay mucha medicina. Si alguien levanta la voz, el mismo gobierno manda a matar a nuestros líderes comunitarios. Hubo una CICIG [Comisión Internacional Contra la Impunidad en Guatemala] que investigaba a los delincuentes y descubría actos de corrupción. Detuvo a varios alcaldes, pero el gobierno la quiso sacar del país. Ya no está trabajando.

Antes apenas había para comer, pero había un poco más de tranquilidad en el municipio. Cuando yo venía de la escuela, me ponía a pastorear las vacas de mi abuela y a quemar leña. Pero en 2005 llegó la minería y con ella mucha violencia. El gobierno puso la Mina Marlin sin consultarnos. Lo malo es que la mina sacaba oro, pero nosotros usábamos el río para nuestros animales. Se murieron muchas vacas, muchas ovejas, muchos caballos. Fue muy triste para nuestras familias, porque de eso depende nuestra economía. Cuando entró la minería, el pueblo no estuvo de acuerdo. Se hicieron muchas huelgas y muchos líderes comunitarios llegaron a morir. El gobierno fríamente los mandó a secuestrar y

a asesinar. Los dejaban tirados en el monte donde, días después, los encontraban. Mi padre fue líder comunitario. Él se fue, no sé nada de él.

Yo me fui a vivir con un tío, que era sacerdote y lideraba a mi papá. Mi tío tenía voz, pero lo mandaron a envenenar. Me dolió mucho lo que le hicieron. Lamentablemente nadie hizo justicia, porque el Ministerio Público nunca hizo una investigación. Como mi tío había recibido amenazas, cuando él falleció decidí salirme del departamento de San Marcos e irme a trabajar en la capital. Algún tiempo después murió mi abuelo. Él también había sido líder comunitario, estuvo sobre el alcalde para que le ayudara a la gente en mi aldea. Pero no le gustó al gobierno que el pueblo se estaba levantando para pedir ayuda. Lo mataron y yo en ese momento empecé a planear irme a Estados Unidos, porque estaba traumatado, me sentía mal.

Yo estaba trabajando en una maquila en la Ciudad de Guatemala. Le mandaba un poco de dinero a mi mamá, pero guardaba el resto en una cuenta de banco. En la capital, hay un poco de trabajo, pero uno no puede salir a la calle en paz. Cuatro veces me asaltaron y una vez me secuestraron. Yo alquilaba un cuarto en un hotel y nada más iba a mi trabajo. Entraba a las 8:00 de la mañana y salía a las 4.30 de la tarde. Ese día, un domingo, era mi descanso. Cuando salí de mi alquiler, llegaron con un carro oscuro y me agarraron como en un secuestro. Me amenazaron con pistolas y me dijeron que me subiera al carro. Me dio miedo, pensé que había llegado mi hora. Me llevaron a un lugar lejos de la capital y ahí me quitaron mi dinero, mi teléfono, mi ropa, mis zapatos, todo. Luego me dejaron tirado en la calle.

Hay coyotes que cobran muy caro. Pero por Facebook encontré un amigo que me dijo que él era coyote y que me podía echar la mano para llevarme a Estados Unidos. Yo sólo tenía 10.000 quetzales, pero me llevó en un grupo con otros paisanos y personas de El Salvador. Llegaron unos autobuses por nosotros y salimos a la frontera con México. Ahí estuvimos en lanchas, luego nos llevaron a un bosque donde nos bañamos y nos dieron cena. Nos dieron claves y nos formaron por grupos. Seguimos viajando en autobús. Por Mazatlán se subieron unos federales y me pidieron mi boleto, pero yo no tenía boleto. Nos bajaron a todos y yo dije que era de Chiapas. El oficial me dijo, "No me mientas, eres de Guatemala." Y me dio un golpe en el pecho. Les suplicamos que no nos regresaran a Guatemala, y nos dijeron, "Bueno, páguennos 1.000 pesos por cabeza." Nosotros ya no traíamos dinero, ni para la comida. Yo traía como 200 pesos, otra señora les dio 100 pesos, y con eso nos dejaron ir. Seguimos para El Paso, pero ahí se acabó.

Íbamos a cruzar en la noche, era puro desierto. Nos dieron ropa camuflada y mochilas. Estaba bien pesada la maleta. Nos metimos por un caminito y pasamos toda la noche caminando. Cuando ya iba a amanecer, llegamos a unos cerros, todos secos. Pasamos una carretera, sonó como una alarma y dije, "¿Qué

putas será?” El guía decía, “¡Corran!” Y corrimos, pero ya nos estaba esperando la Migración. Yo me rendí, me arrodillé y puse mis manos en la espalda. Otro compañero quiso pelear y le estaban apuntando con una pistola. Los de Migración nos dijeron, “¿Pensaban que iban a cruzar, pendejos?” Nos quitaron la maleta, la tiraron y nos revisaron bien, pero con golpes. Nos llevaron como si hubiéramos matado a una persona. Me detuvieron dos semanas, luego me dieron corte y me regresaron a México. Cuando yo estuve en Migración, me dieron un golpe bien fuerte. Me dolió el estómago y les pedí una pastilla para el dolor. Me preguntaron, “¿Sabes orar?” Les dije que sí y me dijeron, “Pues, ¡ora!” Y se empezaron a reír. Ya no tienen alma. Ahora quiero sacar papeles aquí en México. Quiero trabajar aquí. A ver qué sale.



Juan Adolfo | 25 años

En Guatemala existen 22 lenguas, aparte del castellano. Yo vengo de Guaraquiche Jocotán, una aldea en el departamento de Chiquimula. En mi pueblo se habla chortí. Allá hay electricidad y agua potable, pero no hay luz pública ni pavimentado. La medicina es muy escasa, entonces hay que trasladarse a otra parte del departamento para llegar a un hospital. La principal actividad económica es el cultivo de maíz y de frijol, pero por el clima caliente ya no se está dando nada. También se puede trabajar en la venta, pero el problema es la economía. Cuando uno quiere sacar una venta, no hay quien compre, porque la gente sólo tiene para el día.

El COCODE [Consejo Comunitario de Desarrollo] se encarga de velar por el bien de la comunidad. Gestiona proyectos de alimentación para el consumo diario, como frijol, maíz, botellas de aceite. A veces simplemente habla y no se da nada, pero siempre que llega un proyecto, éste beneficia a toda la comunidad. Se mira lo que está haciendo.

“Los padres no pueden pagar los estudios a todos. Yo estudié dos años para ser maestro de preparatoria, pero en mi profesión no encontré empleo.”

Pero entre las personas con un poder más alto sí se puede ver la corrupción. A veces los mandatarios llevan proyectos demasiado grandes y luego sale a la luz que hubo lavado de dinero o que sobrevaloraron un pequeño proyecto. El dinero no llega a la comunidad, porque se lo quedan los presidentes. En mi familia somos siete hermanos. Por lo económico, uno apenas estudia tercero básico. Uno quisiera sacar una profesión de bachillerato o estudiar en la universidad, pero es muy costoso. Los padres no pueden pagar los estudios a todos. Yo estudié dos años para ser maestro de preparatoria, pero en mi profesión no encontré empleo. Andaba busque y busque, pero como tampoco había otro trabajo en mi aldea, me fui a la Ciudad de Guatemala. Ahí me pagaban como 70 quetzales al día, aunque a veces no le pagan a uno en la fecha de pago. Alcanzaba para el día nada más, para comprar frijol, azúcar y tortillas. Las prestaciones de ley tampoco se la dan a uno. Además, en la capital hay locaciones donde asaltan los buses. Ya va uno con el temor de que le roben lo poco que lleva en la bolsa.

Yo salí con mi primo. Agarramos un autobús hacia la frontera de Guatemala con México. En Palenque estaba el tren y nos llevó hasta Coatzacoalcos. Ahí estuvimos dos días, porque había mucha Migración y no querían que nadie se subiera al tren. Hasta me lastimé por querer agarrarlo más adelante. Llegando a

Lechería, unos asaltantes estaban saqueando el tren. No nos hicieron nada, porque sólo querían robar el tren. En Celaya los garroteros nos dieron unos garrotazos. A la tercera yo ya me iba a bajar, pero nos dieron compasión y nos dejaron seguir hacia el norte. En Guadalajara llegamos a la casa del migrante. Nos atendieron bien, nos dieron comida y ropa. Agarramos el tren hasta Mexicali y luego nos venimos para Tijuana. Pasamos cinco días en los vagones del tren. Ya no traíamos nada de dinero. Venían otros migrantes y nos daban un poco de comida. Aguantamos hambre, frío, lluvia. Da miedo ir en el tren, porque uno siente que se va a caer. Venimos muy cansados, porque no dormimos nada en el camino. Ahora quiero trabajar en México y ayudarle a mi familia con el dinero que voy a estar adquiriendo de algún trabajo. Guatemala tiene que crear más oportunidades de educación y de empleo para que la gente no migre. Porque incluso hay licenciados universitarios sin empleo. Uno que tiene un nivel educativo más bajo, no consigue nada.



Notas

¹ Para una visión general de estas transiciones y sus legados, véase John A. Booth, Christine J. Wade y Thomas W. Walker, *Understanding Central America: Global Forces and Political Change*, 7^e ed. (Nueva York y Londres: Routledge, 2020), 347-369.

² David Bartram, "Forced Migration and 'Rejected Alternatives': A Conceptual Refinement", *Journal of Immigrant & Refugee Studies* 13, no. 4 (2015): 439-456.

³ Véase, por ejemplo, Sonja Wolf, *Mano Dura: The Politics of Gang Control in El Salvador* (Austin: University of Texas Press, 2017).

⁴ Las entrevistas fueron grabadas, previa autorización de las personas, y se transcribieron. Los nombres de algunos de los migrantes fueron cambiados para proteger su identidad. Los testimonios reproducidos aquí han sido editados por su longitud y claridad.

⁵ Sonja Wolf, "Talking to Migrants: Invisibility, Vulnerability, and Protection", *Geopolitics* (2020), doi:10.1080/14650045.2020.1764540.

⁶ Lars Schwabe, "Memory Under Stress: From Single Systems to Network Changes," *European Journal of Neuroscience* 45, no. 4 (2016): 478-489.

Las violencias en Centroamérica han ido alimentando, cada vez más, la migración forzada interna y externa. Sin embargo, los gobiernos del Triángulo Norte (El Salvador, Guatemala y Honduras) se han mostrado reacios a reconocer la existencia de este fenómeno. México y Estados Unidos, los países de tránsito y destino, han respondido ante la llegada de migrantes forzados con políticas de contención, dificultando o negando el acceso de las personas a derechos humanos, servicios básicos y asilo. A falta de datos sistemáticos y confiables sobre la migración forzada desde Centroamérica, hay poca comprensión de las formas en que estas violencias destruyen las vidas de individuos y familias y a veces comunidades enteras. En lugar de recibir asistencia y protección, las víctimas a menudo sufren más violaciones de los derechos humanos y las consecuencias de políticas públicas equivocadas.

Este libro reúne una selección de 15 testimonios de migrantes forzados provenientes del Triángulo Norte de Centroamérica y entrevistados en México. Sus historias, desgarradoras pero esperanzadoras, reflejan la complejidad del desarraigo al mismo tiempo que ponen una cara humana a la migración forzada en las Américas. Hablan del dolor, pero también de la resiliencia de las personas frente a las grandes adversidades, sus sueños de una vida digna y sus expectativas de un verdadero cambio social, económico y político. Estas páginas muestran que la ausencia del Estado en muchas comunidades centroamericanas es aprovechada por actores no estatales, sobre todo pandillas callejeras y grupos del narcotráfico. Ellos buscan el silencio de la gente a través de la persuasión o el miedo, establecen formas alternativas de gobernanza y socavan cada vez más la ya precaria legitimidad del Estado. Estos testimonios, tan conmovedores como necesarios, destacan la apremiante necesidad de políticas de desarrollo y seguridad integrales y sostenibles en Centroamérica, así como políticas de migración y asilo más humanas y eficaces en México y Estados Unidos.

*Sonja Wolf es doctora en Política Internacional por la Universidad de Aberystwyth (Reino Unido). Es profesora-investigadora con Cátedra CONACYT adscrita al Programa de Política de Drogas en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Anteriormente, se desarrolló como investigadora en el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y el Instituto para la Seguridad y la Democracia (INSYDE) con sede en la Ciudad de México. Es Visiting Fellow del Centro de América Latina y el Caribe (LACC) de la London School of Economics and Political Science (LSE). Es también miembro del Sistema Nacional de Investigadores (México) y autora de *Mano Dura: The Politics of Gang Control in El Salvador* (University of Texas Press, 2017).*